

A collage of diverse people and a fisherman, framed by a decorative border with hands. The background is a textured blue. The collage includes a woman in a yellow top (top left), a man in a light shirt (middle left), a woman in a pink top (top right), a woman in a red top (middle right), a woman in a black top (bottom left), a man in a black shirt (bottom center), a man in a straw hat (bottom center-right), and a man in a purple shirt (bottom right). In the center, a fisherman in a blue cap and green shirt is shown holding a large net. The title '¿Participar para qué?' is written in a large, dark red, serif font. Below it, the subtitle 'EL PATRIMONIO AMBIENTAL CONSTRUCCIÓN COLECTIVA' is written in a smaller, blue, sans-serif font. The entire composition is enclosed in a decorative frame made of blue lines and white hands reaching in from the top and bottom.

EL PATRIMONIO AMBIENTAL
CONSTRUCCIÓN COLECTIVA

Presentación

Si tuviéramos que resumir en una frase el objetivo de este libro, podemos afirmar que su intencionalidad es contar la participación en la gestión ambiental. Pero, al leer esta afirmación surgen por lo menos dos preguntas: ¿De qué participación hablamos? ¿Cómo queremos contarla?

En principio, focalizamos nuestro interés en las mesas ambientales, que articuladas entre sí conforman la Red de Participación en la Gestión Ambiental en el Territorio, PÉGATE, un espacio de encuentro para actores diversos de toda la jurisdicción de Corantioquia, que en los últimos años ha sido fortalecido para la formación, discusión y en algunos casos para la acción, frente a las distintas temáticas ambientales que se presentan en los municipios. Por ello, quienes cuentan sus formas de participar, son precisamente los integrantes de las mesas ambientales.

Sin embargo, cuando hablamos de contar la participación nos alejamos de la lógica cuantitativa, aquella interesada en números que indiquen cuántas mesas existen, el número de actores sociales que hacen parte de ellas o la cantidad de reuniones realizadas en el año. Nuestro interés está en narrar, a partir de las voces de quienes hacen parte de las mesas, cómo ha sido su experiencia de participación, cuáles los sentidos que le han otorgado a dicha experiencia, cuáles

las motivaciones que los han llevado a ser parte de este escenario de construcción colectiva.

Para hacerlo nos basamos en el relato de vida focal como recurso metodológico y narrativo, en el que se expresa de qué manera el conocimiento personal del territorio y los aprendizajes individuales, entran en juego para configurar los roles que nuestros personajes asumen al interior de las mesas ambientales. El punto común es su vinculación a la mesa, pero detrás de ello subyacen una serie de expectativas y formas de actuar distintas, que están determinadas por la confluencia de las condiciones personales con las contextuales.

En un trabajo conjunto con los enlaces de cultura de cada una de las territoriales y luego de un trabajo de reportería previo, fue escogido un personaje por territorial para intentar construir una visión global, que diera cuenta de las particularidades y de los puntos comunes que se dan en las formas de participación.

El resultado de esta propuesta, son las historias que a continuación pueden leerse. Las historias muestran formas de habitar la tierra, proponen alternativas, plantean problemas y nos demuestran cómo desde la unión de las pluralidades es posible seguir manteniendo el patrimonio ambiental.

La RED PÉGATE

una experiencia de participación
en la gestión ambiental
en el territorio de la
jurisdicción de corantioquia



Hemos explicado ya cuáles son las preguntas que orientan la narración de las historias que a continuación, presenta nuestro texto. Pero creemos que a manera de contexto resulta necesario ofrecer una información más detallada sobre el quehacer de las mesas ambientales y su importancia para la Red PÉGATE.

Partiendo de las definiciones, la Red de Participación en la Gestión Ambiental en el Territorio, PÉGATE, es para la Corporación un espacio de participación, que propicia el diálogo y el encuentro entre los actores sociales que habitan el territorio y los actores internos corporativos. Dicho encuentro busca la socialización de intereses, preocupaciones e iniciativas relacionadas con la promoción de una cultura ambiental ética y responsable. En este sentido, la Red se asume como un mecanismo de formación, educación, comunicación, articulación y concertación entre públicos estratégicos para la gestión ambiental, según las realidades contextuales de cada municipio.

Cuando hablamos de la Red PÉGATE nos referimos a una estrategia corporativa para la gestión participativa de lo ambiental en el territorio, que de manera simultánea fundamenta el ejercicio de la autoridad ambiental pues de esta manera las acciones de la autoridad son vistas como parte del bienestar colectivo.

En síntesis, la Red nos permite la articulación de las comunidades con las que trabajamos a la gestión y responsabilidad de la Corporación, a ejercer la autoridad ambiental, a desarrollar procesos coherentes con las necesidades del contexto territorial y a promover la formación política en la construcción de ciudadanía en los municipios y las regiones.

Las mesas ambientales, escenarios de participación y transformación



Cuando hablamos de la Red como principio para el encuentro, el diálogo y la concertación estas intencionalidades se concretan en la mesa ambiental, de ahí que podamos nombrar a la mesa como el nodo fundamental de la Red PÉGATE.

La mesa ambiental se constituye en un espacio para los procesos de participación, es allí donde las comunidades desarrollan la gestión de lo ambiental, vinculadas a problemáticas específicas, plasmando los intereses de actores diversos: organizaciones comunitarias, organizaciones no gubernamentales, instituciones educativas, administraciones municipales, representantes del sector productivo y comercial, organizaciones de base y las diferentes personas que se preocupan de manera estructural o puntual de lo ambiental.

En este escenario de participación configurado por la mesa, sus integrantes tienen la oportunidad de capacitarse, de desarrollar procesos comunicativos, de implementar acciones de prevención, de incidir en la planificación, de formular proyectos, además de mitigar problemas. Para llevar a cabo estas estrategias se parte de las reflexiones generadas en las preocupaciones por las condiciones del contexto, se utiliza a la vez, una herramienta de la educación ambiental, que es la lectura del contexto, con el cual los sujetos adquieren un conocimiento mínimo de lo que sucede.

Son las mesas ambientales el centro de los procesos participativos, articuladas a un marco normativo dado por la apertura que la Constitución Política de Colombia genera en esta materia y en especial de la ley 99 de 1993; así mismo, la creación de la Política Nacional de Educación Ambiental y el decreto 1743 de 1994, que implican una manera diferente de realizar la gestión ambiental, vinculando en ella a los ciudadanos, ejemplo de ello son los PROCEDAS (Proyectos Ciudadanos de Educación Ambiental) en el cual se inscribe las mesas ambientales.

Este marco normativo, posibilita la entrada de una nueva manera de realizar la gestión ambiental, mucho más contextualizada; fundamenta los pilares para la propuesta de mesas ambientales como espacios de participación y de gestión de lo ambiental. De esta manera, la mesa no solo posibilita la reflexión sobre los problemas ambientales que tiene cada uno de los entes territoriales, también se convierten en un espacio donde se da la formación de los actores para entender dichas problemáticas y donde se abren los espacios para el diálogo con los administradores públicos y los gobiernos de turno.

Desde las mesas ambientales desarrollamos acciones para mejorar la función pública, fortaleciendo la participación ciudadana. En esta línea, entendemos la participación como un proceso mediante el cual los ciudadanos asumen el compromiso de trabajar por la solución de los problemas públicos, ejerciendo derechos reconocidos que contribuyen el desarrollo ambiental, de manera integral.

La base metodológica de las mesas ambientales parte desde el año 2002, identificando a los actores estratégicos de los municipios. Luego de la identificación de dichos actores se

procede a la conformación de las mesas ambientales en cada unas de los municipios; lo que conlleva en la actualidad a tener 88 mesas conformadas; cinco de ellas en los corregimientos de la ciudad de Medellín, uno en el corregimiento de los Llanos de Cuivá en Santa Rosa de Osos, y dos mesas temáticas en el municipios de Caucaasia (mesa de pescadores y de minería).

Después de la conformación de las mesas ambientales municipales, hemos impulsado la conformación de las mesas ambientales territoriales, cada una de acuerdo a la sedes regionales corporativas; territoriales Cartama, Citará, Tahamies, Hevéxicos, Panzenú, Zenufaná, Aburrá Norte y Aburrá Sur; el objetivo fundamental de estas, es el de constituirse en espacios de socialización, de retroalimentación, de transferencia de conocimientos y de experiencias para de esta manera realizar acciones de planeación, comunicación, articulación y participación en la gestión ambiental de nivel regional.

Observamos con gran interés como las mesas han generado lecturas del territorio que permiten una construcción colectiva, para la identificación de problemáticas y potencialidades ambientales. Para ello utilizan metodologías como los diagnósticos rápidos participativos, los recorridos ambientales, los mapas parlantes. La base de esta propuesta, es identificar las relaciones entre diferentes variables de índole económica, social, política y cultural que se entrecruzan cuando se habla de lo ambiental; la búsqueda de estas relaciones tiene su base en el enfoque que implica entender que los problemas ambientales tienen sus raíces en las formas culturales de las cuales hacemos parte.

El enfoque educativo permite que las mesas aborden los problemas ambientales del territorio bajo una perspectiva más amplia, bajo una visión sistémica, en el que todos los elementos están interrelacionados; es así, como se hace posible que desde las mesas se potencialice la implementación de los CIDEAM y la búsqueda de los planes municipales de educación ambiental, los PROCEDAS, e incluso los PRAE, como estrategias de la educación ambiental del territorio.



John Mario Villegas Castro
Sociólogo
Coordinador Red Pégate



→ Saberes campesinos ←



Se llama Luis Alfonso Patiño, nació en Concordia pero desde los seis meses de edad habita en las montañas de Caramanta. Tiene la mirada clara, la sonrisa amplia y atenta que entregan los hombres del campo. Tiene la palabra firme de quien ha comprendido que su vida está inexorablemente ligada al devenir de su comunidad, con todo lo que esta responsabilidad implica: lucha, decisión y sobre todo amor, para evitar el desfallecimiento cuando todo parece perderse.

Luis Alfonso es de aquellos líderes que se forman con el tiempo. Su preocupación por asumir una responsabilidad activa en la gestión ambiental comunitaria, lo llevó a abandonar el silencio de su finca cafetera para integrarse paulatinamente a múltiples espacios de construcción y participación. Hoy es un referente en la Asociación Agropecuaria, donde se desempeña como tesorero y promotor campesino. Es además presidente de la Junta de Acción Comunal de su vereda, presidente de la junta directiva del Hogar Juvenil Campesino y uno de los líderes más comprometidos de la mesa ambiental de Caramanta.

Precisamente en medio de los afanes de días extensos, Luis Alfonso se detiene un momento en sus rutinas para compartir algunos de sus reflexiones sobre los significados que le da a su participación en la mesa ambiental, como parte de los procesos ambientales de los que hace parte, que finalmente condensan su pensamientos frente al sentir de su vivencia en el liderazgo campesino.

LUIS
ALFONSO
PATINO





Afortunada o desafortunadamente yo no tuve estudio. No terminé ni el segundo de primaria porque la escuela era a dos o tres horas del pueblo. La universidad para mí ha sido la vida y la lectura. Al principio leía historietas de aventuras, bobadas, pero después me preocupé por buscar textos que me fueran más útiles. También haber podido participar de todos estos procesos me ha ensañado mucho, aunque es raro porque yo nunca hice parte de ningún espacio de participación hasta hace unos 20 años. Mi vida era la finca y coger café, hasta que entré a la Junta de Acción Comunal de la vereda.

Cuando ya estuve ahí vi tantas necesidades insatisfechas, que no se habían cumplido pero que seguían presentes: la falta de electrificación, la falta de acueducto al ver que otras comunidades sí tenían estas cosas resueltas, uno dice aquí también las podemos tener. Y así pasa que de una actividad se va metiendo a la otra, va conociendo gente.

De ahí ya pasé a la Asociación de Agropecuaria por allá en el año 2.000. En realidad la Asociación empezó desde antes, en 1995 aplicando un modelo de agricultura convencional, la revolución verde que llamamos. Nació por iniciativa de unos señores que tenían la necesidad de vender un producto que era la leche en cantidad, no tenía el enfoque agroecológico sino un enfoque convencional muy diferente. En el 2.000 estos señores vieron satisfechas algunas de sus necesidades que eran tener sus tanques de acopio de leche, dejaron la asociación y nosotros como campesinos la retomamos y ya le dimos el enfoque agroecológico porque entendimos que estábamos acabando con todo, que ese modelo que nos habían impuesto,



el modelo agricultura convencional estaba arrasando todo y nosotros lo veíamos muy palpable.

Una de las deficiencias o necesidades que identificamos era que no teníamos alimentación familiar. Nosotros vivimos en una zona cafetera que es yo diría de las más ricas, más biodiversas del mundo porque ahí nace todo lo que usted le siembre, y llegamos al punto de no tener que comer, de tener que comprar las cebollas en el pueblo, los tomates, los huevos porque nos dedicamos sólo al café o la ganadería. Nos dedicamos a producir algunas cosas para el mercado y no para nosotros y eso hacía que tuviéramos que comprar teniendo tierras aptas para el cultivo.

Lo primero que hicimos en la Asociación fue tratar de satisfacer la necesidad de producir para el autoconsumo, pero también entendimos que había que producir sin químicos, sin contaminar el medio ambiente, sin maltratar a tierra y ahí es donde aparece el proceso agroecológico. Empezamos a trabajar la agroecología como forma de vida que integra procesos y que nos exige la defensa del medio ambiente, de los recursos naturales. Desde ese momento somos ambientalistas. Esta Asociación nos ha permitido ver el mundo de otra manera, entender una cantidad de cosas que el modelo convencional no nos permite porque ese modelo nos aparta de la realidad.

Mire un ejemplo claro. Yo en algún momento pensaba irme para la ciudad, decía: cuando mi familia crezca, los hijos saquen su bachillerato y se capaciten, me voy. Pero ya no pienso lo mismo. Si uno mira la ciudad hoy en día, no le cabe más gente



y la ciudad no produce comida, la ciudad no produce tantos productos necesarios. Uno no entiende como ese modelo se va a sostener si los campos se están quedando solos sin campesinos, solo con un puñado de viejos, sin quien produzca el alimento. Vea lo que pasó en Caramanta, la población se siente muy solitaria. Hasta hace algunos años había el doble de habitantes hoy hay más o menos unos 5.000 todo por la migración a la ciudad y por la presión de la violencia que también nos golpeó bastante.

Bueno pero como venía hablando yo lo del alimento y de que no hay campesinos que los produzcan puede que hayan países que los produzcan pero la pregunta es: hasta cuándo nos irán a abastecer, hasta cuándo van a querer sostenernos de alimentos.

Yo pienso mucho por qué hacen la forma de que la gente se quede en la ciudades, uno ve miles y miles de familias desplazadas en la ciudad y en vez de buscar que se vayan para el campo para que hagan sus parcelas productivas, les dan un apartamento en el que no caben. Uno ve todo eso y entiende que para nosotros allá no está la vida, la ciudad es hermosa, la ciudad de Medellín que es la de nosotros, es linda con mucho empuje pero para mí es buena para ir a pasear. Uno va, se está tres días pero hasta ahí más porque en el campo es hermoso, es tranquilo, ahí está la vida de uno en la tranquilidad del campo. Toda la vida he sido campesino y yo hoy en día me siento todavía más orgulloso de serlo.



Trabajar en la mesa ambiental

Uno nunca cuando empezó en esto de recuperar, de conservar las fuentes agua, de cambiar la forma de sembrar pensó en ninguna entidad pero cuando a uno le nacen esas cosas en el camino se encuentra con las instituciones y con personas con los mismos intereses, ahí encaja uno directamente, eso es lo que nos hace encontrarnos.

Por eso entré a la mesa ambiental este año, porque es una cuestión compatible con todo lo que vengo trabajando aquí con las comunidades. Para mí lo de la mesa ambiental es muy nuevo, hemos hecho reuniones, hemos recibido talleres muy importantes pero sí creo que es muy necesario hacer un plan de acción para el año próximo, un documento que nos de una guía sobre lo que vamos a



hacer. Otra cosa importante es invitar más gente, en la última reunión que tuvimos quedamos de invitar a estos sectores que no están llegando para empezar a trabajar juntos.

Ahora mismo a la mesa asiste la Personería, la Policía llega a veces, del hospital hay un representante. Estamos los campesinos, la ASOCOMUNAL, de la Asociación Agropecuaria en la que yo estoy, el Comité Zonal de Alegrías que es de Alegrías con otras nueve veredas, somos varios e incluso hay algunas empresas mineras que están participando. Hay representación de muchos grupos pero hace falta otra gente.

A veces nos da tristeza que en el Municipio hay grupos que no entienden o que no se interesan. Por ejemplo nos da tristeza que casi siempre, no debiera de decirlo yo, participamos los del

campo. Pareciera ser que a la gente del casco urbano nunca se les va a acabar el agua, no se les va a acabar el aire, porque cuando se invitan a alguna cosa no llegan. Hace falta que se integren otros sectores a la mesa ambiental, falta que se integre otra gente porque el municipio es desde la última vereda, por allá desde la última colita hasta la gente que viene a la plaza, yo sí quisiera que toda la gente estuviera integrada ahí: el sector de comerciantes, del transporte, del sector del magisterio.

Mire que es muy importante porque la mesa puede servir para que cada sector que hace parte de la mesa, socialice lo que está pasando, lo que se está haciendo y lo que podemos hacer juntos desde los distintos sectores. Los bomberos tendrán unos temas, los campesinos otros, los mismos mineros.

Para nosotros es válido que haya representantes de las empresas mineras en la mesa, es válido que estén ahí porque nosotros no debemos de vernos como enemigos porque ya el gobierno les dio la entrada, les regaló el país, no sabemos hasta cuando se podrá sostener eso. Tenemos que aceptar que ellos están en nuestro territorio pero hay que decir somos de dos mundos diferentes. Como les dije yo en una de las reuniones de la mesa ambiental: uno se los encuentra en la carretera y sabiendo que están en la vereda de uno ni siquiera se prestan para que uno los salude, ni voltean a ver a uno para nada y andan en sus camionetas y para donde van, van y cogen la gente de aquí del pueblo, los trabajadores y los convencen de que nosotros somos enemigos de ellos y eso no es así.

Nos dicen que nosotros somos enemigos del progreso. Nosotros somos amigos del progreso pero del progreso para todos, no del progreso para dos o tres. Eso lo aprendí yo en la Asociación donde desde el año 2.000 no hemos parado de decir

que el territorio no es de dos o tres, es de todos nosotros, por eso hacemos política alternativa, incluyente. En esa medida, tenemos derecho a reclamar, a protestar. La protesta está permitida pacíficamente.

Hace cinco o seis años las empresas mineras llegaron a hacer recorridos para iniciar la exploración. Uno le preguntaba a las instituciones y nadie sabía nada, pero uno como campesino al ver que pasan por su finca, por las quebradas, necesita saber. Mire algo tan sencillo, cuando empecé a conocer esto del medio ambiente empecé a arreglar una quebrada, a dejarla boscosa lo más bonita que se pudiera y entonces llega una empresa minera a rozar las orillas de la quebrada. Quedó como una autopista y uno dejando que la malecita, que la hierbita, que los árboles. No es justo, ellos llegan a rozar y dizque no tienen que pedir permiso.

Por todas partes llegaba gente rara que instalaba máquinas mientras que a los campesinos nadie les explicaba nada. Si usted preguntaba el alcalde no sabía, el concejo no sabía. Se entiende que ese permiso lo dan desde el Ministerio de Minas pero lo que yo digo es que las cosas las hacen desde arriba y no cuentan con la base social, con la base del pueblo y la nación porque sin comunidad no habría país, no habría nada, yo no sé cómo hacerles entender a estos magos eso, si no hubiera comunidad no habría padres de la patria. Mejor no digo más nada...

Viendo esta situación en la Asociación de Agricultores hace tiempo empezamos a darle a conocer en la comunidad lo que está sucediendo pero este año empezamos con los recorridos de reconocimiento del territorio. En esta iniciativa participamos la Asamblea Municipal Constituyente,

representantes de la mesa ambiental y gente inquieta, amigos de los que encuentra uno en este trabajo ambiental, jóvenes que entienden por qué hay que ocuparse del tema de la minería.

En estos recorridos vimos que estaban haciendo caminos, casi carreteras, que estaban tumbando mucha madera, que estaban sacando material de unos socavones y contaminando las fuentes de agua. Juntos levantamos una línea base de esos territorios, tomamos muestras de agua para conocer cómo el estado del agua ahí, analizamos el estado del bosque si lo han talado o si está muy conservado y con base lo encontrado hemos hecho algunos informes. Además pedimos conocer cuáles son los títulos mineros realmente, qué licencias ambientales tienen encontrando que muchas veces las empresas no tenían licencia, no habían ido a Corantioquia a decir que iban a tumar madera y a hacer caminos casi carreteables que iban a hacer un helipuerto. Hemos hecho algunos requerimientos, algunas demandas y bueno se logró suspender el permiso de una empresa.

Estamos haciendo un trabajo de veeduría porque si las empresas mineras llegan y ven una comunidad dormida hacen lo que les da la gana. Pero cuando vieron que estábamos haciendo cosas, las empresas que van llegando están tratando de cumplir ya al menos piden los permisos, contaminan menos las fuentes de agua, por lo menos nos informan que es algún adelanto.

Bueno saliéndome del tema de la minería que como ve es muy importante para nosotros, hay otro tema que me gustaría mucho que se pudiera impulsar desde la mesa ambiental y es



el de la política pública ambiental para Caramanta. Yo pienso que lo más importante en estos procesos es que se fortalezca la base social, la base primaria, la comunidad. Uno que se gana con que Corantioquia tenga una cantidad de normas que cumplir, pero ahí uno se pregunta: ¿La comunidad sabe de estas normas, las conoce? ¿Entiende por qué debe cumplirlas?

Yo pienso que desde la base comunitaria se pueden generar procesos, acuerdos con las instituciones pero si la base comunitaria está fortalecida es más fácil cumplir con todas las normas, con leyes, porque es muy complicado que vengan a imponer, sin uno saber cuándo resultó eso. Si se propone la política pública referida al medio ambiente y el Concejo y el Alcalde la aprueban pero la gente no sabe nada no hay fortaleza, pero si la gente propone, dice qué necesitamos es muy distinto.

A veces un campesino va a tumbar un árbol, va a arreglar la casa y hay que ir a pedir permiso. Pero uno ve que las multinacionales cogen y hace caminos, cortan madera hacen lo que sea y no necesitan pedir permiso. Esas son contradicciones que no se entienden.

Bueno ideas hay muchas. Vamos a ver cómo nos organizamos el próximo año para tener un plan de acción bien bueno que nos permita impulsar muchas iniciativas desde la mesa ambiental, ojalá con la participación de muchos actores del municipio, que deben preocuparse por la cuestión del medio ambiente, que a todos nos compete.

El que quiere marrones que aguante tirones

La casita mía es muy humilde, yo creo que es de las más descuidadas de la vereda. Pero dígame con qué tiempo pues se va uno a ocupar de ella. Ahí es donde uno piensa que el costo de la participación a veces es grande porque uno está en todos los procesos, se mete más pensando en cómo beneficiar a muchas personas. Muchos lo hacemos así de corazón, y cuando menos se cree a veces se piensa muy poquito en uno, en la familia porque no queda casi tiempo. Mire mi esposa, aunque es una mujer muy activa y me apoya mucho a ratos se queda sola en la casa, eso es duro tanto para ella como para mí.

Uno a veces se estresa y dice: no yo me voy para la casa, nos soy capaz de más. Pero al mismo tiempo se piensa: ¿seremos capaz de quedarnos en la casa viendo que afuera hay tantas cosas por hacer? Eso hace que cada día sigamos ahí. Otra de las cosas que a uno lo comprometen mucho es que va viendo jóvenes, mujeres y grupos que demuestran que no estamos solos.

Si estuviéramos solos tal vez sacaríamos la mano pero va llegando gente y uno está ya avanzado en edad, yo tengo 58 años ya muy cogido de la tarde como se dice pero a uno lo anima mucho ver jóvenes empezando la vida de 15 años, de 20 con toda esa fuerza para ver que hay que hacer. Ver que hay semillas, gente que quiere seguir el proceso, esa gente me hace sentir que hay que estar trabajando hasta que podamos.



Mujeres que movilizan





MARTA PIEDRAHÍTA

El día que debían elegir el líder de la mesa ambiental de Copacabana apenas Marta escuchó su nombre como propuesta, sintió un pánico que se ubicó justo en su estómago. “No puedo, yo no soy estudiada” fue su respuesta. Si no era una profesional, cómo podría ser una líder se preguntó en aquel momento. Hoy un año después de su elección como coordinadora el miedo ha dado lugar a la seguridad y confianza en su trabajo porque Marta ha entendido, a partir de su gestión en la mesa ambiental y de su proceso de formación personal, que el conocimiento no depende del aval de una academia.

Cuando Marta se presenta a sí misma, con su voz dulce y pausada, inmediatamente el tema ambiental sale a relucir como parte de su compromiso con su comunidad y con la vida. “Mi nombre es Marta Piedrahíta. Hago parte de la mesa ambiental de Copacabana, soy la madre del proyecto Ecohuertas Urbanas del Área Metropolitana del Valle de Aburrá, acérrima amante de la tierra, del agua, de los animales y de las personas porque sino queremos a las personas no queremos a nadie, ni a nosotros mismos. Vivo en este humilde hogar, con mi esposo y los animales hijos como les decimos nosotros: Carepájaro, Guardián, Lucas y Pecas. Si quiere venga yo le muestro mi casa y a los que vivimos en ella”.



La casa está escondida entre árboles frutales que Marta y su esposo sembraron con paciencia. Durante más de 12 años se dedicaron a convertir el basurero de entonces en un terreno digno para construir su casa. Hoy tienen un sendero ecológico y una huerta que en unos meses les dará comida para compartir. Los vecinos viven asombrados y agradecidos por el cambio que el trabajo de estos esposos ha logrado en el barrio.

Lo huerta es un lugar muy significativo para ella pues fue allí donde descubrió su amor por la tierra y el interés por los procesos de educación ambiental. Cuando era pequeña vivían en la parte urbana de La Estrella, en una casa con un solar grande que el papá convirtió en sembrado. Semanalmente cada uno de los hijos tenía una tarea: sembrar una era de repollo, regar las aromáticas. La nostalgia sobresale en sus palabras cuando recuerda aquellos días: “Aunque mi papá no era campesino y sólo teníamos un solar, la casita de nosotros parecía una finca, donde había de todo, donde siempre se cultivaba. Yo creo que desde ahí es que tengo inculcada la cultura ambiental”.

Entonces la educación que no pudo darse en las aulas escolares, debido a problemas económicos que la obligaron a retirarse de séptimo de bachillerato, continuó en la huerta y en la finca de su suegro en la que pudo experimentar la felicidad del trabajo que se da en la tierra. Marta está convencida de que aunque no nació en el campo en ella habita el ímpetu de ancestros campesinos desconocidos pero presentes, que la inspiran para que ver brotar una semilla o sembrar un árbol sean actos llenos de sentido, que en sus palabras le regalan vida al alma.

Pero Marta quería compartir esa sensación de bienestar con otras personas, realizar acciones que se proyectaran más allá de

su entorno inmediato. Si sólo con la ayuda de su esposo había podido cambiar el antiguo basurero del barrio por una huerta donde se siente el olor a fresco de las lechugas, qué no podría hacer si se unía con otras mujeres, con niños y jóvenes para que aprendieran, como alguna vez lo hizo ella con su padre, lo que significa sentirse responsable por la vida en todas sus expresiones.

Con esa inquietud llegó al CUIDÁ, los comités ambientales promovidos por el Área Metropolitana del Vallé de Aburrá, donde trabajó con niños de su barrio Cristo Rey Copacabana. Con ellos realizaban trabajo de limpiezas de quebradas para que los niños se familiarizaran con el cuidado de las fuentes de agua del municipio. Allí uno de sus compañeros le comentó sobre la mesa ambiental de Copacabana, que iba a retomar actividades después de un tiempo de receso.

“Yo acepté participar de la mesa ambiental porque creo que es un proceso muy formativo, incluyente y sostenible. Ahí encontré lo que buscaba, me apersoné aún más de lo que significaba para mí la educación ambiental y pude seguir el trabajo con los niños que siempre me ha interesado mucho porque nosotros tenemos un curso de vida y uno sabe que en cualquier momento Dios lo llama y esto hay que dejarlo muy bien cimentado y la semilla de ese futuro son los niños. Yo no tuve los niños pero siempre he creído en la importancia de trabajar con ellos.”





Así resume Marta algunas de las razones que la llevaron a hacer parte de la mesa, razones que con el tiempo se han ido multiplicando porque como ella misma lo expresa cada vez son más las oportunidades que un espacio como éste le ha posibilitado. En primer lugar para Marta ha resultado fundamental conocer nuevas personas con enseñanzas y valores, que tienen un interés especial por los temas ambientales y sienten, al igual que ella, la necesidad de proyectar socialmente su trabajo, las personas son para ella el principio y la finalidad del quehacer en la educación ambiental pues como ella misma explica “esta labor viene desde el amor por las personas, si usted no es una persona integral educada en valores como va a exigir que los demás sean para la tierra, para el mundo, para los seres, no se puede”.

Otro tema central es el del acceso a información que de no pertenecer a un espacio de participación como la mesa ambiental le sería difícil obtener. En este aspecto Marta se refiere a la discusión de temas coyunturales pero también a la convocatoria para vincularse a proyectos impulsados por otras entidades, como es el caso del proyecto Ecohuertas Urbanas. Con esta iniciativa Marta ha podido dar un nuevo impulso a su huerta y ha sentido uno de los momentos más importantes de su vida cuando en un acto público fue nombrada la madre de las ecohuertas que serán sembradas en Copacabana.

Las demás satisfacciones vienen de la mano de los primeros resultados que empiezan a vislumbrarse con la mesa. “Es toda una bendición haber podido ir a una vereda a sembrar como hemos hecho nosotros hasta 230 árboles, haber compartido una limpieza



de una quebrada y por supuesto el trabajo con las escuelas, mirar que sí se puede transformar la cultura ambiental de un lugar como está ocurriendo en la Escuela La Misericordia y vincular otros docentes con la mesa para fortalecer los PRAE de las instituciones”.

Otro logro importante de la mesa este año fue la realización de una encuesta, con el apoyo de las juntas de acción comunal de barrios y veredas, para la identificación y priorización de problemáticas ambientales, que sirvieron como derrotero para la elaboración de un plan de acción que Marta y sus compañeros esperan llevar a cabo durante el próximo año.

Habitar determinados lugares, muchas veces trae cambios en el caminar de los seres que allí se encuentran. Algo así ha podido experimentar Marta, pues la mujer que entró a la mesa, tímida y callada, no es la misma que hoy la dirige. Con el tiempo su trabajo le ha entregado la confianza para que las palabras fluyan, para mirar con decisión a quienes habla, para sentir que es profesional de las ideas y que finalmente ellas son las que valen en el momento de construir con y para los otros.

Marta quiere explicarlo, por eso cierra los ojos como conjuro para buscar en su mente las frases precisas: “Yo antes me mantenía toda triste, era casi acomplejada para mejor decir pero en la mesa me han hecho sentir más valiosa, yo nunca había sentido eso. Yo le digo a mi mamá y ella se ríe y me pregunta: Marta ¿vos no te cansás que en una reunión, que en la otra?





Y yo le contesto que a mi sinceramente todo eso en vez de cansarme me alegra el alma de una manera inmensa, me hace sentir mejor, con más vida desde que estoy en este proceso”.

Las preguntas frente a las dimensiones de su compromiso llegan también de parte de su esposo: “Yo le digo: hijo yo no quiero que mi hogar se me dañe pero no me quiero salir de la mesa ambiental, téngame paciencia que yo sé que llegan cosas buenas”. A veces su esposo se desespera porque Marta tiene cada vez menos tiempo para ayudarlo en el trabajo de la litografía que juntos han compartido desde hace años y la situación económica no da esperas. Pero siempre retoma la paciencia y se vuelve compañía, por algo han podido estar juntos los últimos 24 años.

No es sencillo pero Marta está firme en su camino: cree en su huerta, cree en la mesa, en su familia del medio ambiente pero ante todo cree en ella. A sus 50 años está estudiando séptimo grado porque quiere terminar el bachillerato que debió dejar a mitad de camino en el colegio de La Presentación en La Estrella, cuando por cuestiones económicas pasó de ser estudiante a ayudar en el aseo del colegio. Ese momento le enseñó en carne propia la frase aquella que dice ningún trabajo es deshonra.

Marta siente que es una profesional en sus ideas gracias a ellas se ha convertido en una líder reconocida y admirada por su comunidad. “Toda esta confianza me ayudó a mí a creer más en mí misma y en lo que podemos lograr en la mesa, en lo que podemos hacer y construir juntos para seguirmos fortaleciendo. Esa palabra fortalecer usted me la escucha mucho pero yo digo que en cualquier proceso las personas son muy importantes y la fortaleza son las personas, porque dese las personas es que empiezan los procesos”.

UNA BITÁCORA PARA CONTAR LA HISTORIA

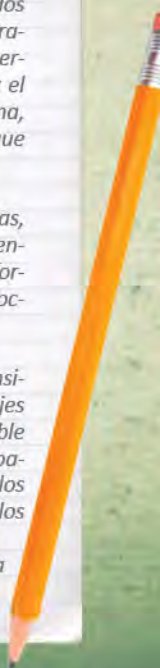
“Entre el hacer y el decir hay mucho que escribir”

Se escribe para que las palabras tengan un lugar que habitar y la memoria de los días que pasan no quede confinada a lo pasajero. Esa es la misión de la bitácora, aquel libro extenso elaborado cuidadosamente por Marta para guardar el transitar de la mesa ambiental de Copacabana.

En la portada del libro puede observarse el logo que entre todos los participantes escogieron para identificar a la mesa. Los trazos dejan ver las montañas del cerro de la Santa Cruz, las personas que son la razón de ser de la educación ambiental y el barranquero, aquel pájaro atraviesa los cielos de Copacabana, todos elementos pensados para conformar una unidad que identifique al grupo.

Luego vienen las hojas cuidadosamente impresas y marcadas, un trabajo que Marta comparte con su esposo; allí se encuentran ordenadas las actas, los registros fotográficos, la información general sobre el funcionamiento de la mesa y todo documento que sea considerado relevante.

Está la memoria que evoca el objeto y el amor que lleva consigo, porque este libro está lleno de significados, de aprendizajes compartidos que cada miembro de la mesa ha hecho posible y que Marta documenta para que su experiencia quede grabada. La bitácora resume opiniones, desencuentros; habla de los sentidos que cada uno le otorga al territorio que habita, de los asuntos que les preocupan, de las acciones que los motivan a continuar. La bitácora habla demostrando como dice Marta que “entre el hacer y el decir hay mucho que escribir”.





OFELIA
BERRÍO

Ofelia mueve sus manos con agilidad para convertir los trozos cortados de envases de gaseosa en la figura de una iguana para el pesebre ecológico para Empresas Públicas de Medellín, que este año recrea especies en vías de extinción. Ofelia no está contenta aún con su trabajo, su iguana todavía está lejos de parecer un anfibio, sus hijas se ríen porque el animal no se vislumbra entre la figura de plástico pero Ofelia no se ve preocupada. Ella tiene la paciencia y la terquedad de su ser campesino, la confianza en el talento que le ha regalado la vida: el don de la transformación. Tal vez por eso su trabajo es ser recuperadora, para que lo que algunos consideran basura, sea convertido en material aprovechable.

Ofelia sonríe y
confía porque
sabe que la
clave está en
sus manos.



Su historia como recuperadora inició hace casi 15 años cuando decidió ingresar al grupo de Mujeres Cabezas de Familia. Allí la encargada en aquel momento de sanidad del Municipio, les propuso el tema del reciclaje como eje de trabajo. Entonces Ofelia vio la oportunidad de cambiar el aseo en casas de familia por salir a barrer las calles y ayudar la recolección de residuos sólidos y orgánicos. Todavía no tenía los conocimientos necesarios pero sí las ganas y la disposición de aprender, que en últimas eran los requisitos principales. Después de un período de capacitación, en el que visitaron varios municipios del Suroeste y de Entreríos para conocer experiencias de trabajo con reciclaje, Ofelia y sus compañeras asumieron su rol como recuperadoras de San Andrés de Cuerquia.

“Como yo era la líder yo era la que iba a vender el reciclaje a Medellín. Todavía nos da risa acordarnos porque la primera vez llevamos un montón de cosas juntas. Nos dijeron: me tienen que traer la pasta partida o sea los envases de gaseosa, botellas de agua, envases de cremas de manos, pero como no sabíamos nosotros cogimos unos machetes, los mandamos afilar y partimos todo eso y me voy con un montón de pasta partida. Todo eso hubo que tirarlo a la basura porque había que separar bien el material. Definitivamente uno tiene que tener tropezones en la vida para ir mejorando”. Cuenta Ofelia entre sonrisas pero con la mirada fija en su naciente iguana, como si la figura la ayudara a encontrar de forma más precisa los recuerdos de su historia.

Este primer proyecto de reciclaje tuvo una duración de tres años pero después como dice Ofelia le “metieron política al asunto” y lo único que quedó de la iniciativa fue la posibilidad de barrer las



calles de San Andrés, oficio que desempañaba con la compañía de sus hijos. Pero ya el reciclaje se había convertido en parte de su vida, le había dado la una oportunidad de sostenimiento económico pero también la posibilidad de comprender cómo su trabajo y el de sus compañeras, se convertía en un aporte directo para el mejoramiento ambiental de su Municipio.

Como insistir es un verbo que Ofelia conoce bien ella buscó alternativas para darle continuidad al proyecto de reciclaje. Después de una espera larga en la que nada sucedía llegó la invitación de la Secretaría de Equidad de Género para las mujeres de la Gobernación de Antioquia para la postulación de proyectos productivos en el marco del Programa Antioquia – Medellín Bizkaia - Bilbao (denominado AM-BBI), un programa de cooperación internacional fundamentado en la equidad de género y la defensa de los derechos humanos.

Luego de un proceso largo de ajustes y correcciones finalmente el proyecto de recuperación de residuos formulado con asesoría de personal del SENA, por Ofelia y sus compañeras Ubaldina y Rosa Pastora, pasó de ser una idea que se veía lejana a un trabajo de tiempo completo que las lleva todos los lunes a la recolección del material reciclable por casas y establecimientos comerciales.

Luego de los recorridos de los lunes, el motocamión lleva todo el material recolectado a la bodega que tienen habilitada para el almacenamiento; allí se lleva a cabo la selección y separación pues cada material tiene su propio proceso. El grupo de recuperadoras se ayuda además de una serie de equipos que

fueron donados en el marco del proyecto: una compactadora de cartón, papel y pasta, una lavadora y secadora para organizar el plástico, una trituradora de vidrio y una báscula, todo pensado para que el material reciclable llegue en óptimas condiciones hasta donde sus posibles compradores. Sin embargo, por estos días la utilización de los equipos debe esperar pues la acción de grupos armados se ha dirigido contra las torres de energía que abastecen de luz eléctrica a San Andrés, generando bajones eléctricos que pueden dañar sus equipos, como ocurrió hace un par de meses.

Pero esta situación no las desanima. Siguen separando residuos y apenas puedan prepararán una nueva “camionada” de material para la venta, porque como dice Ofelia a lo duro hay que hacerle duro, lo importante es que el ánimo no decaiga y el trabajo continúe.





La iguana avanza, tiene la cola y la mitad del cuerpo. Al ver el progreso Ofelia toma un descanso para conversar y mirar divertida las formas que toman las tapas de gaseosa que pronto se transformarán en figuras del pesebre. “Este año ha sido muy bueno” dice. Tiene razones para creerlo porque dos de sus metas más importantes se han cumplido: terminar su bachillerato e iniciar la técnica en Gestión Ambiental del SENA.

Otro de los motivos de su alegría es su participación en la mesa ambiental de San Andrés de Cuerquia, un espacio al que se había vinculado de manera esporádica en años anteriores y que durante el 2012 se convirtió en un complemento a las actividades de liderazgo ambiental que viene desarrollando en su Municipio.

La mesa se encuentra en un momento de reconfiguración luego de un período de crisis por discusiones internas sobre el modelo organizativo y los roles a establecer entre los participantes. Pese a esta situación la integración del grupo completo de Gestión Ambiental del SENA le ha dado un nuevo aire para pensar en iniciativas que ayuden a recuperar los objetivos de la mesa.

Así lo explica Ofelia, quien a pesar de las dificultades está convencida de la importancia de mantenerse como integrante: “Ha habido problemas pero me ha gustado porque la mesa es de las cosas buenas que ha llegado al Municipio y no se puede perder, uno tiene que insistir, resistir hasta lo último para que los grupos no se acaben. Participar en espacios como la mesa hace que uno aprenda de la gente y la gente aprenda de uno. A veces uno se desilusiona porque hay gente que entra a la mesa con ciertos intereses personales, otros que hemos invitado y no vienen, incluso personas de la administración que puede que estén por el mero sueldo en su trabajo. Pero en esto uno no necesita que lo contraten, es algo que a uno le nace, no por un pago si no porque a uno le importa y le duelen las cosas que pasan en el Municipio”.

Una de las acciones de la mesa que Ofelia más recuerda durante este año fue la jornada de siembra de árboles en el sector de El Bocado. Esta visita inspiró la realización de una radionovela, dentro de las actividades de formación en comunicación que iniciaron en la mesa durante el segundo semestre del año.





En la historia de la radionovela en mención un grupo de jóvenes sale a hacer una reforestación al lado de la bocatoma de la quebrada Piedecuesta que abastece de agua a todo el pueblo de San Andrés de Cuerquia. En el camino los jóvenes se cruzan con una señora, personificada por Ofelia.

-Buenos días ¿para dónde van muchachos?

-Buenos días. Vamos para la bocatoma a hacer una siembra de árboles.

-¿Árboles? Allá no hay árboles hace como 20 días que los fumigaron, les echaron un veneno y se murieron todos, pero vayan miren de todas formas.

La noticia no los desanima y el grupo continúa su camino para encontrarse con un segundo personaje, portador de otras noticias nada alentadoras.

-Buenos días ¿para dónde van?

-Vamos para la bocatoma pero oiga que tan cierto es que los árboles con los que iban a reforestar la zona los fumigaron y se murieron.

-No sé si los fumigaron lo que sí sé es que ha habido ganado en esta zona y acabaron mucho con los árboles e incluso todavía están las huellas del ganado. Y además hace una semana se murió una vaca y los gallinazos se la comieron.

-Guácale y nosotros que tomamos agua sin hervir con razón en San Andrés hay tantos virus como la diarrea y el vómito.

La radionovela finaliza cuando los jóvenes de esta historia logran rescatar 220 chagualos que son sembrados en la zona escogida. Pero en la realidad la mesa preocupada por la situación encontrada en el área de la bocatoma, que sugiere la pregunta sobre qué clase de agua se toma en el Municipio, dirigió una carta a Corantioquia y a la Alcaldía sobre la situación.

Con casos como éste Ofelia opina que es necesario recordar la importancia que tiene participar en espacios como la mesa no sólo para discutir sino para velar por el cumplimiento de proyectos e iniciativas que a veces impulsan las instituciones sin ningún tipo de seguimiento, como ocurrió con Corantioquia y los árboles donados para la reforestación. En este sentido, ella y los demás integrantes de la mesa esperan que saquen el ganado del área de reserva de la bocatoma y que se puedan impulsar nuevos procesos de reforestación que incluyan la variante.



“Las mesas deben ser veedoras de los procesos ambientales que se dan en el Municipio, de los residuos sólidos, del agua”, concluye, refiriéndose también a la situación generada por el proyecto hidroituango.

Otro de los asuntos que para Ofelia ha tomado trascendencia desde su vinculación a la mesa es entender la importancia de conocer y entender su territorio. “Ya uno puede coger un mapa y decir esto ya lo conozco, aquí estuvimos, allí hicimos tal trabajo”. Y es que los mapas para esta recuperadora de San Andrés son trazos que le permiten imaginar lugares por descubrir. Cuando era una niña seguía en el mapa de Colombia el hilo de agua que simulaba al Río Magdalena, pero sus ojos infantiles podían imaginar más allá del dibujo, quería conocer el río. Igual le ocurrió con el Páramo de Belmira, uno de los lugares que este año visitó con sus compañeros de la mesa.

“A mi me encantó el páramo. Cuando llegamos a la cima la frialdad era mucha pero la laguna hermosa, los frailejones que yo me soñaba conociéndolos de frente, y cuando ya bajamos nos trajeron por donde nacen los riachuelos que uno no cree que ahí pueda nacer el río de San Andrés”.

Pero al igual que Marta en Copacabana tal vez la ganancia más grande para Ofelia en la mesa, y en general en la gestión que realiza como líder ambiental, es haber podido sentir que su voz y opinión es escuchada porque es valiosa e importante, en virtud de su sabiduría personal y de su experiencia de trabajo. Así lo ha sentido Ofelia cuando la han nombrado representante de la Mesa en encuentros de mesas subregionales o en la Audiencia Pública de Corantioquia. “Yo antes no era capaz de expresarme en público y la mesa me ha ayudado mucho

en este aspecto porque siento que he aprendido demasiado y el aprendizaje a uno nadie se lo quita. Siento que soy capaz de hacer muchas cosas, siento que soy una mujer grande”.

Es hora del almuerzo. La iguana ha quedado casi lista. Por hoy el trabajo ha finalizado, sólo para volver a comenzar.



“Para mí reciclar es contribuir con el medio ambiente porque todo esto se demora mucho para descomponerse, esto evita que los residuos lleguen a las quebradas, se represen y generen desastres. Yo ya lo viví en carne propia, para mí era imposible que esa quebrada se saliera del cauce, La Piedecuesta y es quebrada se salió y llegó a mi casa, se encaramó por el puente y llegó a mi casa eso botó de todo: tarros, colchones todo lo que se tira a la quebrada. Seguro a veces la gente piensa esto qué daño va a hacer y lo tira pero eso sí hace daño. Ojalá todos entiendiéramos que es importante entregarle los residuos aprovechables al recuperador”.



Las noches del agua, las voces del río

*Qué triste que está la noche;
La noche qué triste está,
No hay en el cielo una estrella.
¡Remá, remá!*

*Canción del Boga Ausente
Calendario Obeso*



Los relatos tienen música propia. Éste que usted está por leer, sobre los pescadores del Bajo Cauca, se mueve al ritmo de la brisa que empuja sus canoas; tiene cadencia de décimas, de pájaros que mientras cantan parecieran guiar las embarcaciones de madera con sus aleteos. Este relato tiene sonidos fuertes como el que emiten caimanes que no se ven pero que sin duda se sienten en las noches solitarias, cuando el pescador acompañado de la atarraya sale a probar si el río le dará fortuna, para compensar las horas del descanso nocturno que le es ajeno.

En medio de estos sonidos múltiples y superpuestos, podrá usted escuchar nítidamente las palabras de los pescadores, representantes de un oficio tan antiguo como el río mismo y portadores de una experiencia de organización y participación visible que les ha permitido conformar diversas asociaciones pesqueras que hoy tienen un punto de encuentro en la mesa temática de pescadores del Bajo Cauca. Una historia para leer y escuchar.





CANCIÓN PRIMERA: vivir para pescar.

ORLANDO
HERRERA

Cuando se le pregunta a Orlando Herrera en qué momento aprendió a pescar, responde extrañado buscando en su memoria ese momento exacto, pues para él es como si pescar se supiera desde siempre. “Se aprende mirando porque ese es el ambiente en el que nos criamos. Es lo mismo con el nado, la gente desde chiquita se tira a los caños, disfruta del agua”.

Sí, ese es el ambiente que se siente en la vereda La Ilusión, de Cauca, donde nació Orlando hace 65 años. Allí las atarrayas se cuelgan en las fachadas de las casas de madera, señalando el oficio de sus moradores mientras los padres hacen pequeñas mantas con hilo para que los niños jugando, ensayen en las orillas los lances que más adelante les darán la comida y el sustento. Así lo hizo el padre de Orlando, así lo hacen los padres del presente.



La Ilusión ha sido la casa de Orlando y sus hermanos. Como él mismo cuenta “Toda la vida he vivido aquí, he salido varias poquitas veces pero en seguida regreso, porque imagínese nosotros nacimos aquí cuando todo esto era montaña, había apenas unas pequeñitas casas, por allá en la época de la violencia”. Precisamente la violencia bipartidista del 49 ocasionó la salida de Orlando y su familia hacia bien adentro del monte. Él no lo recuerda con claridad pero sí su hermano Jairo Antonio, también pescador de oficio, quien rescata entre la niebla de su infancia el imperativo de huir para salvar la vida.

La mayoría de las familias se desplazaron a otras poblaciones, cuando entendieron que la violencia había dejado de ser un rumor lejano. Pero la familia Herrera con nueve hijos, madre y padre era muy numerosa para embarcarse, así que la decisión fue tajante: si no podían irse todos, no se iría ninguno.

La única solución posible fue partir hacia el monte, para esconderse de la violencia que castigaría su filiación política liberal. “Nos tocó coger hacia la selva en un terreno ondulado, teníamos tres costados cercados por la cordillera y una sola salida baja que era por la ciénaga. Llegamos allá en tiempo seco, hicimos una choza pequeña y colgamos las hamacas, pero todo bien callados para que nadie nos fuera a escuchar. Como era región de animales salvajes una persona debía pasar toda la noche en vela con una linterna para que cuando llegara el tigre disparar con la escopeta, porque en ese entonces cada cabeza de familia tenía su escopeta para conseguir la comida. Me recuerdo que vimos la humazón cuando nos quemaron la casa, el arroz, tumbaron las palmas de coco, todo debido a esa persecución”.

Una vez apaciguado el período más fuerte de la violencia partidista la familia Herrera pudo regresar para encargarse de la reconstrucción de su casa y de sus sembrados de arroz pues el padre se dedicaba también a la agricultura. Cuando tuvieron edad para asistir al Liceo, Orlando y Jairo viajaron a El Bagre para terminar sus estudios y finalmente regresaron a La Ilusión, donde con el tiempo se convirtieron en hombres de río.

El agua bendecía sus atarrayas y el pescado era bueno y abundante para todos. Así lo recuerda otra de las voces de esta historia, Alberto Manuel de la vereda Barrio Chino y presidente de la Asociación de Pescadores Artesanales Los Coroncoros: “Eran épocas de coger unas mochiladas de pescado y bagres de 10 o 12 libras pa'lante, ese bagrecito de cinco o seis libras que agarramos ahora no, ese lo soltábamos. Y en las orillas en las épocas de subienda uno veía pescaditos con el lomo así y uno tocaba con la canoa la orilla y eso brincaban y caían adentro de la canoa, nosotros nos poníamos a jugar con ellos en la orillas. Eso era pura felicidad”.





ALBERTO MANUEL VILLALBA

Alberto hace 40 años se ha dedicado a la pesca. Al igual que los hermanos Herrera su oficio es heredado, aprendido casi desde niño cuando el padre permitía a los varones de la familia acompañarlo en sus correrías. No siempre podían hacerlo, las historias de caimanes que se comían a navegantes caídos en desgracia, se multiplicaban por las tierras del Bajo Cauca, haciendo que los niños por orden paterna se mantuvieran lejos del agua en movimiento. Alberto recuerda haber visto caimanes hasta de tres metros, hoy es un milagro encontrarse alguno pequeño en la oscuridad de la noche, cuando su canoa se desplaza sólo con la fuerza del agua de los caños; dice que lo ha escuchado pujar haciendo estremecer la tierra. Candelaria, su esposa y compañera de pesca hasta hace poco, también lo ha oído.

Como dicen en las tierras del Bajo Cauca, Alberto Manuel no gusta de pescar solo. Ahora que Candelaria no puede desafiar las noches por una anemia aguda, el pescador ha formado una cuadrilla y se ha unido a otros para enfrentar juntos la soledad del río. “Nosotros desde la seis de la tarde empezamos a pescar, de ahí tiramos cada 40 minutos. Yo tengo una cuadrilla de seis o siete pescadores y los otros dos compañeros también, porque salimos de a tres. Entonces uno tira primero, pasan 40 minutos y llega al puesto donde tenemos la rancharía. Ya después va y la otra cuadrilla tira su lance, eso lo hacemos toda la noche. Después de la 10 de la noche nos turnamos y queda un pescador de centinela para despertar al que sigue y esperar al que está en el río. Es mejor pescar acompañado, por ejemplo una sola cuadrilla no es buena porque como está esta zona de mala si uno anda solo se la monta cualquiera”.

Pero cada vez con más frecuencia Alberto y sus compañeros deben ir más lejos para buscar los puestos de pesca; el pescado está escaso, el río, los caños y las ciénagas están sucios. Pareciera que son otros tiempos y otras aguas.

Para explicarlo, Orlando se ayuda de los versos, aclara su voz de juglar sabanero y canta:

"...Voy a hacer este relato del cambio que hemos tenido porque vemos que hace rato las costumbres se han perdido el agua que se bebía de ríos, caños y quebradas hoy están contaminas debido a la minería...."

Sin vivienda han quedado los que en la ladera vivían, porque el río pasa desbordado y si está así de aterrado es producto de la minería...."

Mientras canta una gata sin nombre insiste en subir a su regazo, el sonido que emula los cantos de piquerías pasadas se extiende en la casa de madera. Es frágil la casa, apenas una sobreviviente de las últimas inundaciones que han dejado marcas amarillas en los periódicos que forran sus tablones. En sus alrededores muchas construcciones derruidas por el agua debieron ser abandonadas, por ello Orlando le canta a la inundación, a los riesgos de vivir cerca a un río que, por diversas razones, ya no obedece a su cauce.

Sin embargo, la realidad plasmada por los versos excede el tema de la incidencia minera. En palabras de los pescadores el río se ha visto afectado también por las grandes cantidades de basura que diariamente a él se arrojan y por la influencia de la ganadería extensiva, que con la llegada de especies como los búfalos ha impactado también las fuentes de agua de la región. "Lo búfalos están acabando con todo no sólo en esta zona sino en todo el Bajo Cauca, esos animales pasan es el en el agua, él se moja y no hay tapón, no hay talud que lo aguante porque tiene la pezuña muy grande. Mire nosotros en el caño tigre reforestamos 3.000 robles pero donde el búfalo hace el bajadero eso se va covando y con cualquier brisa baja tierra a la quebrada, la ensucian y matan los peces. Esos animales serán muy buenos para los ganaderos pero para nosotros son muy malos", explica Alberto Manuel.

La ausencia del pescado preocupa a las asociaciones de pescadores, que hace mucho deben dedicarse a otras actividades económicas como la agricultura y el barequeo porque con el pescado solo ya no alcanza.



A close-up portrait of Elsa Isabel Hernández, a woman with dark hair pulled back, smiling warmly. She is wearing a bright pink V-neck t-shirt. The background is a soft-focus outdoor scene with greenery and a body of water.

ELSA ISABEL HERNÁNDEZ

Sin embargo, reconocen también su cuota de responsabilidad pues las malas prácticas pesqueras han tenido repercusiones en lo que hoy acontece. Así lo expresa Elsa Isabel líder de Barrio Chino quien en los últimos años se ha dedicado al trabajo con la Asociación de agropescadores Los Camarones. Su trabajo como líder comunitaria le ha significado dos períodos como representante de su asociación. Y aunque no sale a pescar se identifica a sí misma como pescadora porque de eso vive, de las atarrayas que teje todavía su papá, que fue pescador en tiempos pasados, hoy se dedica a tejer y vender atarrayas para que otros pesquen, pues la luz de un solo ojo no le alcanza para estar en el río, pero sí para adivinar con sus manos los caminos del trenzado.

“Antes por qué había pescado, porque antes en la veda la gente no pescaba ahora no sé si serán las circunstancias porque no hay trabajo, pero nosotros somos los primeros depredadores porque nos cogemos el pescado enhuevado cuando va bajando, cuando van subiendo vaya y venga porque van contenticos salen a lavarse pero cuando van bajando es que vienen a poner. Nosotros mismos estamos acabando con el pez y no nos estamos dando cuenta, no sé si será por hambre pero ahora no respetamos”.

SEGUNDA TONADA: "Juntos nos rinde más"

Con esta clara lectura de su entorno es cierto ya que los pescadores cruzan otros tiempos y otras aguas. Bajo la presión económica y ambiental que enfrentan en la cotidianidad, una de las alternativas que han encontrado es la de trabajar unidos. Por ello, en la última década son varias las asociaciones agropesqueras conformadas en la región. Estas uniones les permiten resolver cuestiones prácticas para darle un orden a su actividad: quiénes salen primero a hacer los lances, respetar las temporadas de pesca, vigilar la protección de los criaderos de peces e incluso impulsar la siembra de parcelas comunitarias. Pero unirse les permite también el encuentro, la discusión y la oportunidad de la gestión ante el gobierno.

"Es importante organizarnos primero por la hermandad. Segundo porque sinceramente uno solo no rinde, de ninguna manera uno solo rinde porque el gobierno no le va a dar ningún apoyo ni un proyecto individual a nadie". Así lo entiende Orlando del grupo de pescadores de La Galandria; así lo entienden también los compañeros de las demás asociaciones porque cada una de las voces de esta historia habla en nombre propio, pero también en nombre de los grupos de pescadores que conforman las asociaciones que representan y que tienen un punto de encuentro en la mesa ambiental temática de pescadores.

De manera bimestral este grupo de pescadores, acompañados por representantes de las Juntas de Acción Comunal de La Ilusión, Palomar y Barrio Chino se encuentra de manera itinerante en algunas de las veredas aledañas, para compartir experiencias de trabajo. Aunque la convocatoria es grande el grupo es pequeño, cuando la asistencia es exitosa puede llegar hasta 10 personas, que sacan tiempo de sus actividades diarias para reflexionar y a comprender qué pueden hacer en un entorno tan rico y al mismo tiempo tan golpeado como el del Bajo Cauca.

La lectura exhaustiva de su territorio que les ha dado el transitar constante por el río, el trabajar la tierra y el arraigo por su región les ha permitido observar transformaciones que les cuestionan sobre la necesidad de actuar para detener el deterioro de los elementos naturales que les rodean.

Esta es una de las razones que argumentan para justificar su presencia en la mesa temática, la intensidad de los cambios de los que han sido testigos: la ausencia de fresco y de pájaros que canten en las ciénagas, la desaparición de árboles, la basura del río, la pérdida de los espejos de agua.

La mesa es identificada pues como un espacio de información y capacitación. En palabras de Jairo Antonio la mesa les ayuda a tener más entendimiento sobre el entorno.

“Primero que todo porque uno adquiere el conocimiento en lo que se refiere a lo ambiental porque aunque uno no esté recibiendo proyectos ni cosas sí está aprendiendo a manejar lo que uno le pertenece. Si nosotros por ejemplo aprendemos a como se pueden renovar los bosques no solamente vamos a tener madera que nos puede beneficiar, podemos tener en esos mismos bosques criaderos de especies de la fauna que nos pueden servir para alimentos.

Si hacemos una reforestación bien buena podemos atraer animales que en este momento están desaparecidos de la región por falta de bosque. Con la misma mesa ambiental vamos tejiendo relación con otras comunidades. Mientras yo dialogo con alguien me puedo estar apoderando de algún

conocimiento que a mi me hace falta como ser natural y estas personas que vienen a capacitar nos están aclarando que nosotros tenemos muchos derechos frente al gobierno que por falta de conocimiento no los estamos reclamando, esas es una de las cosas que le veo a la mesa. No quiero decir con esto que el gobierno todo no lo tiene que dar, pero sí hay muchos derechos que uno no reclama”.

Complementando lo expresado por su hermano, para Orlando la mesa funciona también como un espacio de intercambio para el fortalecimiento de las relaciones interveredales e incluso para hacerlo sentir más seguro en el momento de relacionarse con personas de otras comunidades:

“Estar en la mesa me ha servido porque se han estrechado mucho las relaciones, nos han despejado mucho el horizonte porque hemos aprendido a relacionarnos con la vecindad de las demás veredas, eso nos ha hecho más dinámicos. Eso depronto por la timidez porque el campo no es para uno despreciarlo pero hay que reconocer que se pierde mucho ambiente; cuando uno llega al pueblo cree que está caminando mal, que lo están mirando mucho entonces ya con estos programas ambientales hemos sentido el cambio, ya nos sentimos diferentes, relacionados con todo el mundo, nos sentimos más seguros, más propios, con más conocimientos de la región y del ambiente, eso y eso da más seguridad para relacionarse con los demás”.



Aunque funciona hace aproximadamente tres años mantener la mesa temática, como ocurre en la mayoría de los procesos sociales de participación comunitaria, no ha sido una tarea sencilla. Sus integrantes creen que la situación económica es una limitante para la consolidación del grupo pues al faltar las oportunidades de trabajo y escasear el pescado es común que los pescadores deban buscar otros lugares para trabajar, lo que dificulta la consolidación de un proceso más estable. Hay desánimo también “cuando no hay trabajo la gente es más reacia a juntarse, a trabajar unida en espacios como a mesa sabiendo que no hay comida”, dice Elsa.

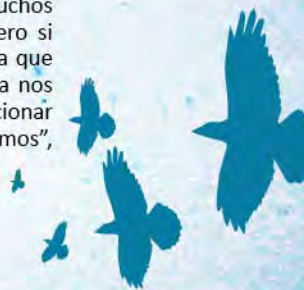
Elsa cree también que a esto se suma que la mesa es como si empezara nuevamente en cada reunión, pues “no se sigue una secuencia, un avance y eso a veces también cansa”, pero está convencida de la importancia de encontrarse y por eso permanece. Más ahora, cuando ha quedado como delegada en un comité coordinador que a partir del año próximo se encargará de liderar la convocatoria, llevar un registro y organizar las distintas actividades planeadas, como la adecuación de los espejos de agua, que se ha configurado en una de las acciones más representativas realizadas por los integrantes de la mesa temática, aunque hacerlo implique muchas veces exponerse a la retaliación de los mineros y de los terratenientes de ciertas zonas, que les hacen pensar en cómo poder denunciar y actuar sin correr tantos riesgos. Ahí está una de las grandes disyuntivas que deben asumir día a día cuando se trata de defender su territorio y las iniciativas que surgen en un espacio de participación como la mesa ambiental.

La esperanza de estos pescadores está centrada en que la mesa sea una plataforma desde la cual puedan gestionar proyectos que ayuden a mitigar los efectos de las problemáticas ambientales que padecen, pero que también se conviertan en una alternativa de empleo y de ingreso económico para ellos y sus familias. “Hemos formulado proyectos de limpieza de ciénagas, arborización y agricultura para sembrar yuca y patilla. La gente está muy desesperada porque no tenemos empleo, no tenemos ninguna clase de ingreso, estamos mal porque si el trabajo es la fuente y nosotros no lo tenemos, no sabemos qué hacer”, dice Orlando.

Esperan también que la mesa les ayude a mejorar la calidad de vida. “Nosotros esperamos de la mesa poder gestionar mejoramientos de vivienda o adquisición porque muchos no la tenemos. Ahora trabajamos con Corantioquia pero si necesitamos meternos en un proyecto o en una materia que no le compite a la entidad esperamos que Corantioquia nos pueda ayudar a iluminar el camino, a buscar para solucionar los problemas de empleo y de educación que tenemos”, complementa Jairo Antonio.

TONADA FINAL

Aunque parece que arrecia el temporal los pescadores siguen firmes en sus embarcaciones. Sueñan y trabajan juntos para lograr que los cantos de muchos pájaros vuelvan a extenderse por los cielos que custodian sus ciénagas, esperando que sean ellos quienes guíen su camino de agua mientras sus canoas se mueven según el ritmo impuesto por los vientos. Ecos de río y de décimas que resumen parte de su historia.



Enseñar para aprender

Dos preguntas, en apariencia simples, orientan la narración de las siguientes historias. ¿Por qué y para qué un docente asiste a la mesa ambiental de su municipio? Tres profesores de distintos municipios comparten a partir de sus respuestas su experiencia de participación en la mesa, respuestas que a la vez permiten seguir su trayectoria personal y profesional. Respuesta que en suma devela su conceptualización frente a la educación ambiental y las conexiones que en el día a día realizan entre la teoría y la práctica.

Enseñar para aprender

Dos preguntas, en apariencia simples, orientan la narración de las siguientes historias. ¿Por qué y para qué un docente asiste a la mesa ambiental de su municipio? Tres profesores de distintos municipios comparten a partir de sus respuestas su experiencia de participación en la mesa, respuestas que a la vez permiten seguir su trayectoria personal y profesional. Respuesta que en suma devela su conceptualización frente a la educación ambiental y las conexiones que en el día a día realizan entre la teoría y la práctica.



INTRO: El tiempo pasado

La niña de largo cabello negro trabaja en hacer dibujos con las nubes. Concentrada desde el antejardín de su casa fabrica dragones que se desvanecen con el movimiento minúsculo pero perceptible de la tierra. Las figuras imaginadas son maleables: en un momento pueden ser dragones pero también perros dóciles o hermosos castillos que se borran simplemente con la llegada de otra nube.



LUZ MERY
QUERUBIN

-Luz Mery, ya llegué, dice la voz infantil de Doris que interrumpe el juego. La niña acude con felicidad al llamado de su hermana, y juntas se apresuran a almorzar, para luego sacar de la maleta de Doris los libros de colores con la lección escolar. Sentadas en la mesa circular de madera dejan que la luz brillante y perfecta que se filtra por la claraboya del techo, las acompañe en ese corto espacio del medio día para que Luz Mery descubra las formas de las letras y los sonidos que juntos hacen sonar las palabras. La m con la a: ma. La m con la e: me. Repiten en coro.





El inicio de un camino

Como en un ritual, todos los días en la hora del almuerzo la casa se transforma en el salón de clase de primer grado, el mismo al que Luz Mery no puede asistir pues debe ayudar al cuidado de sus siete hermanos. Doris es su maestra, le explica lo que ella misma ha aprendido para que la niña del cabello negro pueda repasar en la tarde las lecciones y no se quede atrás. Así el año próximo cuando sea su turno de asistir a la escuela, el primer grado estará superado en virtud de la curiosidad infantil para descubrir lo que pueden decir los garabatos que esperan ser letras.

El juego se multiplica, a su vez Luz Mery tiene su propia escolita con sus demás hermanos simulando sin saber el trabajo que elegirá para la vida. Luego con los años, cuando esta pequeña escena se convierta en evocación de tiempos pasados, aquel momento de la infancia será asumido como revelación y principio de un camino determinado por el aprendizaje y la enseñanza.

Con paso seguro Luz Mery recorre los corredores de la Escuela Normal Superior del Nordeste de Yolombó, su espacio de formación y trabajo durante los últimos años. A la Normal le debe la perspectiva de un maestro en formación constante, investigativo y dedicado a la proyección social del saber en un esfuerzo que va más allá de las aulas de clase. A Luz Mery le gusta nombrar a la Normal como su claustro, aquel lugar pensado para la producción y difusión del conocimiento. A este sitio le debe también su encuentro con la perspectiva de la educación ambiental, que finalmente determinaría su participación en múltiples espacios académicos y sociales.

Como la mayoría de las cosas importantes de la vida este encuentro respondió a una casualidad. La Normal tenía tres docentes participando del proceso de capacitación impulsado por el Ministerio del Medio Ambiente para la formulación de los PRAE, pero por motivos diversos ninguno de estos docentes pudo continuar. Obviamente la institución educativa necesitaba mostrar los primeros resultados de la formulación de su PRAE en Bogotá, y fue ahí donde el rector de aquel momento pensó en Luz Mery para asumir esta responsabilidad.

“El rector me decía: Mery yo estoy pensando en vos porque sos una persona que logra lo que se propone y no te va a quedar grande, si yo no pensara que lo podés sacar no te estaría comprometiendo. Él confió en mí y fue así como inicié este trabajo primero con el PRAE y luego con la mesa ambiental que actualmente estoy coordinando”, cuenta la profesora. Fue entonces de esa manera como esta docente de Yolombó asumió la coordinación del PRAE en un ejercicio que la llevaría a comprender de otra forma la noción de aquello entendido como lo ambiental, ligado exclusivamente al ámbito de lo natural, para vincularlo con el entramado social y cultural.



Sentada en su oficina Luz Mery juega con su lapicero. Resulta complejo resumir en algunas palabras lo realizado durante siete años, pero ella se enfoca en los logros más significativos, para contar cómo se da en ejemplos tangibles aquello de la adopción de prácticas ambientales más amigables con el medio ambiente en una institución educativa. En esta enumeración aparece la disminución de la producción de residuos sólidos y la limpieza de la escuela después de los descansos; menciona además la convivencia armónica entre los alumnos pues desde el PRAE se trabaja los valores para que los niños sean más concientes del trato, el respeto y la tolerancia.

“Nuestra Escuela Normal es ya un referente en el Departamento a partir de su PRAE porque desde su misión está contemplado la dimensión educativa-ambiental. Esto nos ha permitido articular el proyecto a la vida institucional a través de los núcleos disciplinares, que agrupa los docentes de acuerdo a las áreas. Hemos tenido también incidencia directa en los maestros en formación mediante la práctica pedagógica investigativa; de ahí hemos podido consolidar dos proyectos de investigación y muchos de nuestros egresados están estudiando técnicas o carreras ambientales, el trabajo se nota”.

Cuando Luz Mery habla del PRAE como referente departamental se respalda en los logros del trabajo interno pero también en los múltiples reconocimientos recibidos desde afuera: las distinciones otorgadas por Corantioquia,

una a título personal para ella como docente y la otra propiamente al PRAE, y recientemente el reconocimiento recibido en los Premios a la Calidad de la Educación de la Alianza Medellín Antioquia –AMA- entre la Gobernación de Antioquia y la Alcaldía de Medellín.

Pero la historia no se limita a la influencia del PRAE al interior de la comunidad educativa, está además el asunto de la proyección social que para Luz Mery resulta fundamental y que se ha convertido en una de las grandes particularidades de este proyecto. “Nosotros en la Normal le dimos un tinte especial al PRAE, para que no se quedara en los muros de la escuela. Tenemos varias líneas de acción, así articulamos el grupo de guardianes de la naturaleza y un componente primordial que es la mesa ambiental que yo empecé a coordinar en el año 2007”.

Como diría el adagio coloquial una cosa fue llevando a la otra. Luz Mery reconocida ya por su trayectoria en la coordinación del PRAE, fue identificada por el alcalde de aquel período como la persona idónea para coordinar una mesa ambiental, que como la de Yolombó, a pesar de la insistencia aún no lograba consolidarse. La docente encontró allí la oportunidad de proyección social que buscaba y casi sin saberlo, al asumir la coordinación de este espacio de participación para la gestión ambiental perfiló su rol como líder en la educación ambiental de su municipio.





Una mesa, muchos sentidos

¿Por qué un docente se motiva a participar en la mesa ambiental? Repite en voz alta la pregunta mientras cruza el corredor que la lleva a la sala de profesores. Es un interrogante con respuestas múltiples hiladas por esa certeza de entender la educación ambiental por fuera de lo estrictamente profesional, para permear cada una de las esferas de su vida siguiendo el principio de la acción heredado de su madre y de su hermana.

“Yo siento la obligación de responder a la formación de mis dos grandes maestras: mi hermana y mi santa madre, almas benditas que en paz descansen. Ellas me decían: nunca estés esperando a ver qué puede hacer la gente por vos, al contrario la pregunta es qué puedo hacer yo por Yolombó para transformar la educación y a eso trato de responder siempre, de algún modo hacer parte de la mesa tiene que ver con esa determinación”.

Luz Mery encontró en la mesa ambiental la oportunidad de conectar lo vivenciado al interior de su institución educativa con otros sectores del municipio; inició lo que en el PRAE denominan las actividades de proyección que actualmente están vinculadas al trabajo de formación que viene realizando la mesa en distintas veredas y corregimientos.

Como explica Luz Mery “durante la proyección vamos por los sectores, aprovechamos las reuniones de las acciones comunales que se reúnen cada mes y hacemos un trabajo de capacitación y sensibilización. En una



primer ronda trabajamos sobre el manejo adecuado de residuos sólidos, en la segunda hablamos sobre el comprendo ambiental y ahora iniciamos una tercera que es formación en valores, para que le gente entienda que la educación ambiental es más que saber manejar los residuos, es también el respeto por el otro y por mí mismo”.

Siguiendo estos hilos diversos que se cruzan para motivar la participación, Luz Mery regresa a una de las realidades latentes de su vida, la triada conformada por aprender, enseñar y actuar. Así que por un lado está la acción comunitaria que la impulsa porque le demuestra de manera tangible de qué manera los discursos pedagógicos surten efecto para ayudar a modificar prácticas; pero por el otro está la necesidad de seguir aprendiendo y la mesa como espacio de discusión colectiva la fortalece conceptualmente y le ofrece también la posibilidad de acceder a otras instancias de formación gracias a las relaciones que se dan con los distintos actores sociales que allí se encuentran.

Ejemplo de ello es el Diplomado de Inteligencia Territorial, financiado por Corantioquia y ejecutado por la Universidad de Antioquia, que viene adelantando desde hace unos meses. En suma, el diplomado pero también su trasegar por la gestión ambiental le han ayudado a obtener otras percepciones del territorio, percepciones mediadas por el compromiso y la responsabilidad como la misma Luz Mery explica:



“Cuando uno está bien fundamentado aprende a reconocer en el territorio más que el espacio físico. Comprende el encuentro de culturas, de elementos políticos, económicos y sociales que configuran lo ambiental como un todo. En la medida que mi conocimiento territorial se amplía puedo intervenir, buscar soluciones o por lo menos no ocasionar problemas. Yo primero era indiferente a lo que pasara, si estaban haciendo una quema no le prestaba la debida atención, pero desde que hago parte de estos procesos, no puedo ser más indiferente al contrario me siento como una defensora por eso soy más responsable conmigo misma y con los demás”.

Como docente comprometida con su vocación Luz Mery concibe al profesor como un actor social activo, presente en distintas esferas que no se circunscriben exclusivamente al ámbito escolar. De ahí que para ella sea fundamental que el sector educativo participe activamente de la mesa. De algún modo, cuando se aborda este asunto aparece una nueva pregunta pues no se trata sólo de dilucidar por qué un docente debe hacer parte de este espacio; Luz Mery amplía la información y se pregunta por los aportes que los docentes desde su formación y experiencia pueden hacer a la mesa.

En sus palabras, los maestros al ser levantados en la cultura de lectura son conscientes de la importancia de sistematizar los procesos. Desde su llegada a la coordinación ella se ha preocupado porque la historia de la mesa de Yolombó quede documentada en actas, fotografías y en un blog que de cuenta de su quehacer. En esta línea, uno de los avances más significativos está centrado en la realización del diagnóstico ambiental del Municipio, que ha dado luces para establecer el plan de acción del año 2013.

Pero la sistematización es sólo el principio. El enfoque pedagógico que ha asumido la mesa de Yolombó, les ha llevado a publicar de manera anual un material didáctico que llega a todas las instituciones educativas del Municipio y a organizar la semana ambiental en la que se llevan a cabo múltiples actividades educativas para diversos públicos. La educación es el principio de la transformación, que según Luz Mery se logra con la unión de muchas voluntades.

Para ella, como coordinadora de la mesa ambiental ha resultado imprescindible el apoyo de los docentes que conforman la mesa, de los líderes de las acciones comunales y de la administración municipal porque si “la alcaldía no se articula, no apoya y no reconoce los procesos que adelantamos todo se complicaría mucho”.

Esta relación con el sector público, y en general con los distintos actores convocados, es un vaivén en el que la constancia es la clave, por ello la convocatoria sigue siendo uno de los temas más sensibles en el momento de hablar sobre la participación en la gestión ambiental, máxime cuando se tiene la responsabilidad de coordinar.

“Nosotros tenemos un cronograma y es el primer lunes de cada mes. Sin embargo, si no hay una persona diciendo vengan pues, la gente no siempre asiste. Por ejemplo, los delegados de la administración municipal yo me atrevería a decir que son como obligados porque tiene que estar la persona líder de ellos para que haya buena asistencia. Yo pienso que eso pasa por el desconocimiento, nadie ama ni defiende lo que no conoce, muchos no son del pueblo y ahí el sentido de pertenencia es cero, así que en esos cambio de gobierno nos va quedando



un desfase, aunque exista la voluntad del Alcalde como es el caso de nosotros actualmente, porque el Alcalde era anteriormente de la mesa. A veces somos 30, a veces 8, pero seguimos trabajando”.

Esta situación con los cambios en las administraciones municipales se aplica también a las instituciones que acompañan el proceso de la mesa ambiental, como es el caso de Corantioquia. La variación en el personal delegado para trabajar con la mesa, ya sean los enlaces de cultura, los comunicadores o los técnicos de las territoriales, se convierte también en una dificultad para consolidar los procesos, es preciso volver a contextualizar a cada actor sobre el trabajo de la mesa y a veces pareciera que estos momentos de acoplamiento supusieran un retroceso, agrega Luz Mery.

Pese a las complicaciones propias de la convocatoria y de los cambios políticos la mesa se mantiene. Han logrado su reconocimiento por Acuerdo Municipal y aunque la medida ha generado controversia para Luz Mery es positivo, pues lejos de coaccionar el quehacer de la mesa le abre espacios en el Concejo Municipal, le permite acceder a algunos recursos para la ejecución de proyectos, pero sobre todo la configura como una instancia de consulta y diálogo en lo que se refiere a las temáticas ambientales de Yolombó.



La palabra enseña y el ejemplo arrastra

Participar tiene sus implicaciones. Está el tiempo, la dedicación y el trabajo. Está también el requerimiento de la coherencia que exige ser ejemplo desde la acción individual. Luz Mery siente esta responsabilidad de manera constante, no como un peso sino como parte ineludible del oficio escogido, por ello se declara PTC: profesora de tiempo completo, en la Normal, en su casa, en la calle, mostrando que antes de ser enseñada la educación ambiental debe ser vivida.

“Coordinar la mesa ambiental me ha servido mucho para organizar mi tiempo, mi trabajo, cambiar los hábitos y las costumbres no solo a nivel personal sino familiar. Yo tengo un sobrino y él es pendiente porque yo lo he dio involucrando en todo esto. Si uno se está chupando un confite él está detrás diciendo: oye acuérdate que si no tienes donde botar el papelito te lo echas al bolsillo; si ve luces encendidas las apaga. Recuerda que no puedes dejar la llave abierta mientras te cepillas y si de pronto alguna vez se le olvida uno me dice: esta no es la mujer ambiental que yo conozco. En momentos así uno entiende lo importante que es la coherencia de las acciones propias, del ejemplo”.



Como todo en la vida para esta profesora de Yolombó, ser líder ambiental le ha representado muchas satisfacciones pero también algunas desventajas. Aunque trabaja siempre sin esperar el reconocimiento externo, los premios y las distinciones han llegado, se ha convertido casi en una celebridad de su pueblo. Con ello, muchos se han querido acercar para participar de los procesos que lidera, pero también otros se han alejado.

“A veces en la vida de los pueblos esto genera ciertas expectativas, ciertos celos cuando a uno le hacen un reconocimiento. Ella qué es lo que tanto hace, escucha decir uno por ahí, y eso desanima a veces, no se puede decir que no. Yo en este momento he tenido cuatro reconocimientos y me ha traído momentos de alegría, de efusividad pero también en algunos casos me ha costado el distanciamiento de cierta gente. Ser líder tiene esas implicaciones, qué le vamos a hacer”.

El tiempo futuro

Antes de salir de la Escuela Normal la profesora señala un sendero ecológico imaginado que conectará dicha Escuela con la entrada del barrio Los Castillos. Cuando habla sus manos dibujan figuras para que el interlocutor pueda hacerse una idea de aquel sendero, de las barreras vivas que delimitarán su espacio, de las heliconias y el mariposario, en el que los niños adoptarán una oruga para hacerle seguimiento a su desarrollo participando así de su primer proyecto de investigación científica.

Este proyecto, una de sus prioridades para el 2013, la emociona mucho pues demuestra la unión de voluntades por la que tanto ha trabajado, vinculando la administración municipal de Yolombó, la mesa ambiental, las acciones comunales y la Escuela Normal.

Es ese el trabajo al que se ha dedicado Luz Mery en la última década, a generar vínculos para que la transformación de las prácticas ambientales de la comunidad educativa y del municipio en general sea una vivencia en su Municipio.

Educación para la transformación

FREDY
ALONSO
VILLA

Mi nombre es Fredy Alonso Villa Vanegas. Soy director del Centro Educativo Rural Carmen Zapata en la vereda El Manzanillo, de Ciudad Bolívar. Llevo aquí dos años y medio, pero soy de Copacabana. Se puede decir que entre Medellín y Copacabana he desarrollado la mayor parte de mi vida, y también ejerciendo la antropología en varias rutas de Colombia, carrera que estudié en la Universidad de Antioquia.

La verdad es que mucha gente me pregunta cómo un antropólogo termina siendo director de un Centro Educativo Rural, pero cuando explico el camino que me ha traído hasta aquí encuentro siempre como constante el asunto de las nuevas ruralidades, que me ha interesado mucho.





Si tuviera que pensar en un inicio yo lo buscaría a mediados de los 90, cuando comencé aprendiendo de comunidades rurales, particularmente con la vereda Cabuyal de Copacabana, donde hubo un período de crisis muy grande a finales de esa década. Allí me llamó mucho la atención que los jóvenes con los que nosotros trabajábamos llamaban barrio a la vereda, mientras que sus padres y abuelos se referían a este espacio como “nuestra vereda”. Esta diferencia, en las formas de nombrar el lugar que habitaban, me hizo pensar que se trataba de un asunto que iba más allá de la utilización de un nombre o de otro.

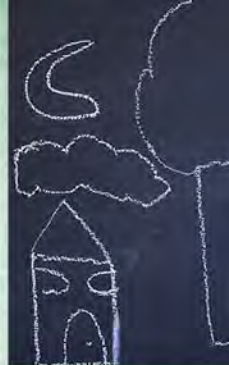
Un tiempo después se generó la crisis de la que hablé, una crisis que considero fratricida porque se formaron bandas, se empezaron a matar entre primos, entre amigos, los mismos adolescentes con los que habíamos trabajado en la escuela. Conversando con la gente mayor era frecuente escuchar expresiones relacionadas con la falta de amor de los jóvenes por la tierra, por la familia, y fue entonces como puede establecer una conexión entre esas formas de concebir la vereda o el barrio con una brecha intergeneracional que estaba instalada en este lugar.

Entonces vino la pregunta, ¿qué pasó en El Cabuyal?. Este momento coincidió con los inicios de mi Maestría en Hábitat en la Universidad Nacional, enfocado en identificar la tensión entre lo rural y lo urbano, en mirar qué pasa con esa frontera. Quise mirar la frontera, no el límite, no la definición acostumbrada que equipara frontera con el límite que separa, sino la frontera integradora que genera procesos de hibridación. Yo quería saber cuáles eran las condiciones de frontera cultural entre lo rural y lo urbano.

Luego comencé a trabajar en el municipio de Caramanta como promotor de acciones comunales en distintas veredas. Allá trabajando en el campo, en las veredas empecé a cuestionarme sobre para qué nos sirve la academia si llega un momento en el que no construye condiciones de desarrollo reales y locales. Entonces empecé a mirar y a moverme en el desarrollo rural, desde la formación ciudadana, a buscar cómo generamos nueva ciudadanía y eso generó otro proceso en mí; me di cuenta que en este proceso de transformación de sociedad, es decir, en esta crisis de sociedad que tenemos tan tremenda donde somos una especie en vía de extinción, (porque los humanos como sociedad estamos en vía de extinción), si no pensamos en transformar nuestras prácticas culturales, estamos desconectados de nuestro territorio.

En medio de estas búsquedas académicas, profesionales y personales llegué a la Normal Superior de Copacabana. Allí comprendí que la educación es una institución social de base, una plataforma para incidir en procesos de transformación. Todos los años de universidad y academia crítica contra el sistema, si no se concreta en algo se queda en pura demagogia.

Para mí este encuentro con el ámbito educativo fue clave porque poder relacionar la educación con mi proceso de profundización e investigación en lo rural ayudó a definir mi línea. En ese trasegar trabajé con la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación de Antioquia en una capacitación de maestros rurales, e hice una consultoría ambiental para ISAGEN en asesoría a proyectos ambientales escolares para varias escuelas rurales del oriente antioqueño. Entonces me encontré que muchos de los profesores decían que “eso es muy fácil decirlo, que vaya allá y vívalo.”





Y eso fue lo que yo decidí, ir y vivirlo a partir del trabajo educativo rural, para tener un criterio que me permitiera evaluar si se pueden proponer alternativas y lograr transformaciones. Porque hay algo muy cierto y es que es difícil desde la capital y desde los escritorios conocer el territorio para pensar alternativas adecuadas.

Me presenté al concurso docente en el 2009 al cargo de director rural, pues no quería ser rector de institución urbana, ni profesor, sino director para tener la responsabilidad de diseñar estrategias, tener una incidencia en el diseño de estrategias educativas y pedagógicas que tengan también incidencia en acciones de desarrollo rural. Desde mayo de 2010 cambié mi entorno de Área Metropolitana por un entorno rural en este municipio de Ciudad Bolívar en el que llevo 2 años y medio. Así es como un antropólogo llega a trabajar en el sector educativo de Ciudad Bolívar.

Educación ambiental, la urgencia de asumir la complejidad de un concepto.

Cuando hablamos teóricamente, lo ambiental es la relación entre sociedad-cultura-naturaleza, es un asunto complejo, pero cuando vamos a aplicar este concepto a los entornos educativos vemos que se reduce a un proyecto ambiental que tiene que ser dirigido a protección de aguas, manejo de residuos, suelos o biodiversidad. Pululan y pululan textos que indican que eso no sólo es lo ambiental, pero hay un automático en las instituciones que reducen lo ambiental a efectos de degradación de la naturaleza o hábitat o suelos. Las tensiones de la sociedad y la cultura se pierden. El principal problema ambiental es emocional, es de convivencia.

Yo he preguntado en varios escenarios, ¿en qué mapa de Ciudad Bolívar podemos dibujar que es el municipio con mayor índice de suicidios de América Latina y uno de los principales del mundo? ¿La tendencia al suicidio no es un asunto ambiental?

Refiriéndome por ejemplo al contexto rural en el que me ubico me encuentro que la agresividad es la principal pauta de socialización en la vereda. Los niños aprenden a socializarse con los adultos a través de la agresividad. La agresividad está naturalizada, normalizada en la vida cotidiana. Por lo tanto cualquier conflicto que tengan lo resuelven a través de la violencia. Y en seguida vamos a hacer un proyecto de educación ambiental dirigido a las basuras. Por qué no pensamos en utilizar esa didáctica sobre residuos en tanto pretexto o metáfora para mejorar las relaciones sociales entre los sujetos o modificar sus pautas de socialización. Pero no, el enfoque se queda en el residuo, en lo reducido del concepto.

Viendo esta encrucijada con las formas en las que asumimos la educación ambiental y en medio de mi indagación para que la temática ambiental se ubicara como protagonista en el centro educativo y la vereda, ví que necesitaba conocer el entorno de gestión institucional y una de las alternativas que encontré fue participar de la mesa ambiental.

A la mesa la conocí por medio de la profesora Dora Sánchez, directora del Centro Educativo Rural Mercedes Escobar de Vélez en la vereda La Arboleda. Ella viene con un proceso ambiental allá hace muchos años orientado por Corantioquia, que ha tenido muchas visitas, muchos recorridos, y tiene un proceso muy interesante. Ella me comentó de este espacio y pensé que podría ser útil participar de él, reconocer a las instituciones, a personas con intereses afines.



Una mesa para apalancar procesos



Yo llegué a la mesa ambiental buscando un respaldo para apalancar el proceso en la vereda. La palanca la hacemos con el concepto de lo ambiental y la mesa es un punto de apoyo para mover esta inercia tan tremenda que nos tiene lamentándonos, esperando a que otros vengan y nos salven. Es una herramienta fundamental para que los sujetos asuman consciencia de sí mismos, que es lo fundamental en lo ambiental.

A mí la mesa ambiental me parece un espacio fundamental para mover. Le veo cantidades de potencialidades en la medida en que logremos tener claridad conceptual, porque si no tenemos claridad conceptual se mantendrá como una situación marginal, y no es esa la idea. Así lo es en el orden social que tenemos. Consideramos a los ambientalistas como hippies, interesados en cosas banales, románticas, porque no hay claridad ambiental. Me parece que la mesa ambiental debe construir esa claridad, socializarla, hacer comunicación educativa para que la gente y las instituciones logren comprender que lo ambiental es un eje transversal fundamental.

Yo llevo un año en la mesa. Cuando llegué sentí que no estaba muy claro para qué se convocaba, para qué estábamos ahí reunidos, pero juntos estamos trabajando para dilucidarlo. Sin embargo, creo que estamos todavía en un momento muy ingenuo, de buenas intenciones, porque todavía no tenemos ni forma, ni cara, no sabes exactamente quiénes somos.

Hay ingenuidades que son negativas en la medida en que son fácilmente manipulables, hay ingenuidades que son positivas en la medida en que están buscando autonomía. Yo creo que

tenemos una positiva, estamos construyendo identidad desde la claridad conceptual de lo ambiental, porque si no se construye esa claridad vamos a ser una entidad fácilmente manipulable por cualquiera de los actores.

Estamos en una etapa inicial. Puede que haya mesas ambientales con mucha actividad, con activismos conservacionistas, pero nosotros llevamos un proceso distinto, pensando el sentido de la acción. Por eso, creo que algo muy positivo que nos está pasando: es que estamos aprovechando la crisis que se está generando con respecto a la minería aquí en el Municipio. Las crisis generan motivaciones, te sacan del área de confort, te desacomodan.

A partir de esto surgió el grupo de estudio por ejemplo. Como es complicado garantizar la asistencia de los mismos cada mes nos propusimos reunirnos varios lunes para encontrarnos y avanzar un poco. El grupo de estudio forma parte de una dinámica para fundamentar procesos, en él intercambiamos información que cada uno obtiene, leemos, discutimos. Pero además de la importancia que podamos aprender, está la dinámica que le da al grupo, nos ayuda a vernos más seguido y en esa medida a consolidarnos como grupo, entonces va funcionando.

Se ha propuesto también que en la mesa ambiental tengamos unas submesas que trabajen la biodiversidad, otra de gestión y manejo de residuos, otra de la minería. A partir de lo que venimos trabajando hay una opinión compartida de darle vida a las submesas, y que cada submesa construya su propia agenda y empiece a trabajar, y que desde ahí se alimente la mesa, porque es la posibilidad de que la mesa tenga sentido. Esa es una expectativa de grupo para el 2013 que esperamos poder cumplir.

Con respecto al tema de la minería la expectativa es que empecemos a generar intervenciones de comunicación educativa ambiental. Tenemos ya algunas ideas para la realización de una intervención en el espacio público, durante los primeros meses del año, con alguna puesta en escena que nos permita interactuar con los habitantes de Ciudad Bolívar para poner a circular algunas preguntas que como mesa consideramos importante plantear a la opinión pública frente al tema de la minería. Este ejercicio nos parece sumamente interesante porque funciona a manera de diagnóstico en un doble sentido: por un lado, mide nuestra capacidad organizativa interna, nuestra pedagogía de intervención como mesa para este tipo de actividades; por el otro nos posibilita escuchar a la gente. Puede que encontremos sorpresas, agradables en la medida en que pueda haber personas que hayan pensado el asunto y se involucren en el proceso, desagradables en la medida en que encontremos respuestas que no hayamos ni pensado ni imaginado pero que igual nos posibiliten generar alternativas.

La otra gran expectativa que tenemos es que logremos posicionar en la opinión pública, al menos en un porcentaje modesto lo que significa la mesa ambiental como punto de apoyo para mover el ejercicio de la ciudadanía activa y sus propósitos, y desde ahí, utilizando el recurso de la minería como coyuntura, generar un posicionamiento de lo ambiental. No cerrarnos sólo al tema de la minería pero sí utilizarlo como punto de lanzamiento para ir posicionando lo ambiental como eje estructurante con el rigor del concepto. Esperamos además generar una mayor articulación con otras instituciones, con el mismo municipio, con las escuelas, con el Comité de Cafeteros. En síntesis que generemos una comprensión de la importancia de lo ambiental para mejorar nuestras vidas, y eso se puede articular con la minería, con las aguas, con la convivencia, con la violencia de género, porque como dije anteriormente la crisis de la convivencia es la peor crisis ambiental. Si no sabemos convivir, si no nos reconocemos como sujetos, cómo vamos a reconocer lo que está por fuera de nosotros.

No estamos solos

La participación en la mesa me ha ayudado a ampliar el conocimiento de este territorio. A principio de año hicimos una caminata con Leonardo Henao, que es un ingeniero de Corantioquia y algunos miembros de la mesa, a un sitio alto cercano donde teníamos una panorámica de la cabecera. Allí se narraron historias de la dinámica del pueblo, de otros sitios con riesgos de degradación de suelos. Compartir estas experiencias, poder escuchar sus narraciones me ha ayudado mucho a comprender el territorio en el que estoy trabajando, a tener más contexto.

Me ha ayudado también a extender los vínculos. La colega Dora Sánchez por ejemplo, está en la vereda La Arboleda, yo estoy hacia al norte y ella hacia el sur, casi de extremo a extremo, y compartir en la mesa ha generado que fortalezcamos la relación, la reflexión, la comunicación; que yo vaya allá a conocer la vereda y ella haya venido a conocer la mía, que yo lleve mis profesores allá y hagamos intercambio. He podido conocer también a los profesores que están hacia el occidente en la vereda La Linda. Bueno esto hablando de los contactos con los docentes, porque está también haber podido conocer gente de corporaciones ambientales, a Catalina Avendaño gerente de la Empresa de Recolección de Basuras del Municipio. Esos vínculos son muy importantes para mí porque me han ayudado a ampliar el conocimiento del territorio y a generar expectativa de recorrerlo más.

La mesa ambiental es una herramienta de ciudadanía en la cual te puedes ayudar para hacer bien lo que dicta el deber ser del docente. Es una oportunidad para encontrar pares, para llevar tus ideas, para encontrar recursos didácticos, pedagógicos, educativos, institucionales, para sentir que en la gestión ambiental no estamos solos.





Ana Cano es docente en la Institución Educativa San Luis Gonzaga de Santa Fe de Antioquia. Como los demás docentes de esta historia, Ana le apuesta a su participación en la mesa ambiental porque cree en la importancia de un sector educativo presente en las dinámicas de los municipios. Ella encuentra en la mesa un punto de apoyo para enriquecer su trabajo y de este modo obtener nuevos elementos teóricos y discursivos que se articulan a su práctica pedagógica en lo educativo-ambiental.

“Me pareció importante vincularme al espacio de la mesa ambiental porque soy docente de biología y química entonces me gusta todo lo natural, todo lo bonito, poder trabajar por mantener un equilibrio en medio de todos los cambios que ha experimentado Santa Fe de Antioquia en los últimos años con la construcción del Túnel de Occidente y el crecimiento de la población. Así que si yo puedo participar para servir de guía, si yo puedo sensibilizar a la comunidad, busco oportunidades y las aprovecho. La mesa ambiental es precisamente una de esas oportunidades.

Creo que para un docente de biología, bueno y de cualquier área, resulta fundamental entender sobre lo que ocurre en el contexto en el que trabaja y esa información o esa comprensión se puede obtener mediante un ejercicio comprometido de participación como el que se da en la mesa. Para eso me ha servido mucho, para estar conectada con las lógicas veredales, con las prácticas de la comunidad.

Una de las funciones que me parece interesante de la mesa es que puede ser un veedora en el Municipio de todo lo que va ocurriendo ambientalmente, de cosas que se hacen y que de pronto nadie habla nada aunque traiga consecuencias negativas. Se tumban árboles a diestra y siniestra pero si nadie se pronuncia, la gente lo sigue haciendo. Estamos ahí buscando que la gente se capacite, se sensibilice y escuche los pronunciamientos que hacemos.

Hay gente que tiene un problema determinado y quiere que nosotros vayamos y les arreglemos el problema o como en las escuelas que asumen que el PRAE sirve es para recoger las basuras de las instituciones educativas. Ese no es nuestro trabajo. Nuestra labor es sensibilizar y educar a la comunidad para adquirir una cultura ambiental con prácticas que nos ayuden a la sostenibilidad.

En la mesa yo destaco que somos ordenados en los procesos. Tenemos una misión y una visión, sabemos hacia donde apuntamos, que es lo que queremos. Tenemos también unos objetivos generales y específicos y acabamos de terminar este año con un programa especial para trabajar el 2013. Estamos haciendo un cronograma pero no de actividades aisladas sino un plan de acción para que los que vengan el año entrante seamos los mismos o sean otros ya tengan un camino para seguir basados en el diagnóstico ambiental de Santa Fe de Antioquia.

Entonces es tratar de concientizar a la comunidad nuestra para que haga un buen manejo del ambiente en todos los aspectos tanto de agua, residuos sólidos, tanto de arborización, de quemas, de animales silvestres, de las mascotas, el turismo, hay tanto que hacer, tanto que trabajar. Esperamos que el plan que tenemos el año entrante funcione esa es la idea hay una organización, hay un diagnóstico unas posibles soluciones entonces mirar que más se puede hacer”.



Encuentros para alertar
los sentidos



Desde lo alto de la montaña las casas se observan como diminutas figuras de una maqueta cuyo orden no termina de adivinarse. El verde desafía la unicidad del color y se muestra en todos sus matices dando vida a la hierba, a los árboles, a las hojas que guardan insectos impensados, a la montaña misma que sirve como mirador de un Itagüí que se expande.

Arriba, en el Pico Manzanillo, las horas pasan a otro ritmo y se miden por el tránsito del sol, no de las manillas de relojes que imponen su afán; allí hay tiempo para sentir, para escuchar el sonido pasajero de las aves migratorias, el rumor de fuentes de agua que se abren camino en las laderas. Se escuchan también historias de guacas perdidas, de vestigios arqueológicos que un día hicieron parte de una historia que hoy es contada a medias, porque el peso inexorable de los años la ha hecho borrosa, inaprensible.

Por años, Diego Jiménez y Jahir Ramírez han recorrido el Pico primero como caminantes desprevenidos, luego como parte de su trabajo para la gestión y la educación ambiental en la Corporación La Casa de Todos, corporación que desde enero de 2012 coordina la mesa ambiental de Itagüí. Por ello, si hay un tema recurrente al escuchar hablar a Jahir y Diego sobre su trabajo en la gestión ambiental, es la referencia al Pico y en general a la zona rural del Municipio conformada por las ocho veredas que integran el Corregimiento El Manzanillo. Sus alusiones hablan de la admiración que les genera esta parte de Itagüí pero también de la preocupación por un fin de problemáticas que hoy ocupan las acciones que lideran en el territorio y determinan parte de la agenda definida por la mesa ambiental.

JAHIR
RAMÍREZ



Encontrarse para entender realidades



A diferencia de lo que ocurre en otras mesas ambientales la mayoría de los participantes de la mesa ambiental de Itagui representan grupos organizados. Como cuenta Diego “actualmente hay 26 organizaciones vinculadas a la mesa entre corporaciones, organizaciones culturales o que realizan trabajo social. Por supuesto esto no significa que la mesa ambiental deje de estar abierta a personas naturales o a la institucionalidad, por eso nos acompaña la Personería, la Secretaría del Medio Ambiente. Quien quiera vincularse de la sociedad tiene las puertas abiertas”.

Con esta variedad de actores se ha generado un enriquecimiento en las discusiones colectivas y en las percepciones sobre el ambiente y el territorio que han empezado a circular en la mesa ambiental para la conversación y el debate. Contrario a lo que podría pensarse para un municipio como Itagui, marcado en el último por el desarrollo urbanístico e industrial, entre las temáticas que mayor interés han generado se cuenta precisamente el asunto de ruralidad.

Este direccionamiento responde a la presencia de varios habitantes de las veredas que se han acercado a la mesa, buscando un espacio de participación que les ayude a visibilizar problemáticas del área rural que muchas veces permanecen silenciadas u opacadas por las urgencias del desarrollo urbano. De algún modo, Jahir y Diego sienten que esta interacción con las personas del Corregimiento El Manzanillo, que han tenido a partir de su participación en la mesa les ha generado nuevas preguntas y les ha entregado datos relevantes sobre el estado de la población rural del Itagüí. Es esto lo que expresan con palabras llenas de emotividad y tristemente también de preocupación.

“Para mí, dice Diego, el corregimiento ha sido sagrado, lo recorro hace muchos años para entender el territorio, para llevarlo más adentro porque la montaña va aquí en el corazón. Pero ahora, desde que hago parte de la mesa, este conocimiento del territorio se ha generado por los recorridos pero también gracias a las personas del Corregimiento que la integran, allí se ha dado un puente con las personas de la comunidad, ahora la mayoría del tiempo estamos arriba”.

Jahir por su parte, enfatiza sobre el desconocimiento que se presenta frente a algunos temas. “La gente de la zona urbana desconoce la situación del Corregimiento: los tugurios, las familias que viven con menos de 80 mil pesos mensuales, madres solteras, los perros callejeros, la cantidad de basuras que afecta mucho las veredas del Corregimiento porque el operador no ha llegado a las zonas o no ha sido efectivo”.

Dada esta situación varias de las acciones de las mesas han estado orientadas a la realización de visitas vereda por vereda, tomado fotografías y haciendo un diagnóstico sobre el estado de los elementos naturales y de los focos de contaminación ambiental, enviándolo a los actores y autoridades que puedan tomar cartas en el asunto para resolverlo. Por ejemplo, agrega Jahir, “estuvimos visitando la vereda La María con otras organizaciones y estamos viendo con preocupación una cantidad de problemáticas de movimientos en masa, de comunidades que no tienen acceso a agua potable. Hemos visto vacas comiendo de las basuras, al rato las ordeñan y uno sabe que las basuras tienen todo tipo de contaminantes, medicamentos, y esa es la leche que se está tomando la gente de arriba del Corregimiento. Ha sido muy descuidada la ruralidad, la administración no le ha dado el carácter de población perteneciente al municipio, los tienen marginados”.

En este sentido, ha surgido la propuesta de descentralizar el trabajo de la mesa creando una submesa en cada una de las comunas que conforma Itagüí, con el apoyo de las Juntas de Acción Comunal. De este modo, esperan especificar aún más la lectura de territorio que tiene la mesa y orientar de manera clara las acciones y la difusión de información a las autoridades competentes, sobre las problemáticas que requieren de una intervención urgente.

Encontrarse para producir y difundir información



Como líderes de la Corporación que coordina la mesa ambiental actualmente, Diego y Jahir se han fijado dos objetivos macro, que enmarcan el trabajo que vienen realizando. En sintonía con lo expuesto anteriormente, sobre la descentralización de la mesa para la generación de diagnósticos ambientales más específicos por comuna, se encuentra la meta de indagar y documentar las realidades ambientales del Municipio para tener una cartografía propia que les permita tener un punto de contraste con la información ambiental que circula sobre Itagüí y por ende, una visión crítica fundamentada en argumentos contruidos con base en el contexto.

El otro interés tiene que ver con la identificación de lo que ellos llaman las problemáticas reales del territorio pues como explica Jahir “estamos muy amañados tomando textos del 2004, corte y pegue pero cuando hay actores sociales, como la mesa en este caso que van donde está el dolor, la inconformidad, es muy diferente”.

Todo esto se traduce en información que puede ser compartida con instituciones públicas o privadas y con la población en general para la generación de opinión pública sobre temas de interés. Para ello quieren empezar a trabajar en redes propias de información, desde la voz a voz entre las distintas corporaciones que integran la mesa y alternativas de comunicación más masiva como Facebook.





En esta línea de acción los coordinadores consideran que la mesa ha logrado posicionarse como espacio de interlocución y consulta. Si antes, en sus palabras, los derechos de petición eran la única forma viable de obtener información o simplemente de ser escuchados, con el tiempo han logrado ser reconocidos como actores sociales importantes en su Municipio. Tal como lo resume Jahir: “aquí nos copian, nos escuchan y nos piden concepto, ese reconocimiento va legitimando nuestra voz, nos demuestra que nuestra participación tiene alguna incidencia”.

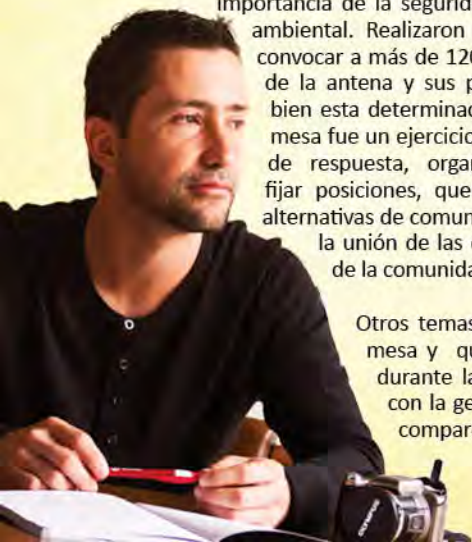
Así lo demostraron con el caso de la ubicación de la antena de la Policía Nacional en el Pico Manzanillo que se configuró en uno de los temas más debatidos por la mesa ambiental durante el año 2012. Como mesa lograron discutir y acordar una posición pública frente a este hecho, reconociendo la importancia de la seguridad ciudadana sin afectar un ícono ambiental. Realizaron además una caminata que logró convocar a más de 120 personas para evaluar la posición de la antena y sus posibles impactos ambientales. Si bien esta determinación no pudo ser revertida, para la mesa fue un ejercicio interesante observar su capacidad de respuesta, organización y debate interno para fijar posiciones, que fueron difundidas por las redes alternativas de comunicación que han ido generando con la unión de las corporaciones y los representantes de la comunidad que asisten a la mesa.

Otros temas que han sido prioritarios para la mesa y que seguramente estarán presentes durante la agenda del 2013 tienen que ver con la gestión del riesgo y la aplicación del comparendo ambiental. “Ha habido varias

dificultades en el tema del comparendo porque la misma empresa prestadora del servicio de recolección de basuras no tiene ni la infraestructura ni la capacidad de atender la población, ha habido muchos enredos, y de hecho se ha dicho que a la primera empresa a la que hay que aplicarle el comparendo ambiental es a esta institución. No ha habido una respuesta clara, hay muchos funcionarios de la Secretaría de Medio Ambiente organizando el tema pero no hay algo concreto, así que seguiremos pendientes de cómo evoluciona este asunto”, explica Diego Jiménez.

En este punto Diego y Jahir aclaran que a pesar del trabajo de seguimiento y denuncia que realizan sobre problemáticas ambientales, no les interesa que su ejercicio de participación para la gestión ambiental sea identificado con una veeduría, porque en su opinión “no han trascendido y a veces se vuelven un comité de aplausos”. Ellos prefieren definir su ejercicio de participación en la mesa como un resultado de la responsabilidad social, de su sentido de pertenencia con Itagüí en concordancia con el trabajo que realizan desde La Casa de Todos.

Finalmente, su participación está mediada por su formación, por las preguntas que ofrece el trabajo de campo y cuestionan sobre qué hacer para intervenir en un territorio que a veces se vislumbra tan ajeno. Se trata entonces de responder, de pasar a la acción, como cuenta el mismo Jahir: “Soy de Itagüí y me duele la realidad tan compleja que está viviendo. Hace mucho vivo aquí pero estar en la mesa me ha ayudado a concientizarme más sobre lo que está pasando, a interactuar más con la gente, a visibilizar lo que ocurre, a direccionar los problemas a las autoridades, de sentir que también desde nosotros empieza la responsabilidad social”.





Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia
Corantioquia

Director General
Alejandro González Valencia

Subdirectora de Cultura Ambiental
Luz Adriana Molina López

Coordinador Red Págate
John Mario Villegas Castro

Coordinación editorial
Marta Salazar Jaramillo

Textos e investigación
Juliana Paniagua Arroyave

Fotografías
Marlon Vásquez Silva

Diseño e ilustración
María Antonia Pérez Mejía
www.todesignto.com

Medellín, 2012

Corantioquia
Carrera 65 No 44ª 32
Medellín Colombia
www.corantioquia.gov.co

Distribución gratuita
Permitida su reproducción parcial o total con fines
pedagógicos y citando las fuentes respectivas



¿Participar para qué?

EL PATRIMONIO AMBIENTAL
CONSTRUCCIÓN COLECTIVA



CORANTIOQUA

ACTÚA

Plan de acción 2012 - 2015